

LAS TORPEZAS DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA

Fredo Arias de la Canal



Frente de Afiración Hispanista, A. C.
México 2006

LAS TORPEZAS DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA

Fredo Arias de la Canal

Frente de Afirmación Hispanista, A. C.
México 2006

Primera edición: 1978

Portada: **Robert Capa** (1913-54). Fotografía de un grupo de exiliados españoles conducidos a un campo de refugiados entre Argelès-sur-Mer y Le Barcarès, en Marzo de 1939. (Tomada de **El corazón de España**. Museo Nacional Reina Sofía, Madrid, 1999).

© Frente de Afirmación Hispanista, A. C.

Castillo del Morro 114

11930, México D. F.

E-mail: ivanfah@prodigy.net.mx

PARADOJAS DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA DE 1936

José Ortega y Gasset (1883-1955), en su artículo **Nuevo libro de Azorín** (1912). (Apéndice a su libro **Espíritu de la letra**. Madrid, 1927), recomendó a los historiógrafos:

La historia de España, según todos reconocen y yo he oído a los maestros de ella, no ha llegado aún a ese estadio. Salvo en cuestiones parciales de Derecho y de lingüística, **es el pasado de España tierra incógnita**, de topografía insospechada. No obstante, se ha acumulado, libro sobre libro, una gran biblioteca de historiografía nacional. En general, las obras que la componen se hallan totalmente remotas del carácter científico. Padecen una noción de la historia sobremanera anticuada: entienden la **historia como panegírico**. Sus autores han sido llevados a tan ímproba y benemérita labor por un **heroico amor a la patria**. ¡Cosa más triste! No han conseguido su propósito. Y es que para construir la historia de España es más conveniente un amor a España modesto y sin pretensiones, y luego, un **heroico amor a la ciencia histórica**.

(...)

La **historia de España tiene que ser embocada partiendo de los defectos españoles** más bien que de sus virtudes, (...) porque esta medida principalmente de alabanzas no contribuye a sanarnos, al paso que la nueva crítica es, a la vez que historia, terapéutica. Tal es, a mi modo de ver, la ventaja de **considerar la historia de España como la historia de una enfermedad**.

La primera edición de este libro se hizo en 1978, cuando todavía era un enigma el futuro político de España, y su propósito fue demostrar con evidencias históricas el masoquismo psíquico de

las clases dirigentes españolas, especialmente las que llevaron a la segunda República a la ruina.

¿Sirvieron de algo mis advertencias a los dirigentes que han gobernado a España desde entonces?

España ha consolidado su régimen monárquico-constitucional-regionalista y ha ingresado a la Comunidad Europea, convirtiéndose en un país de primera. ¡Felicidades!

La monarquía borbónica, restaurada por Franco, asumió una conducta prudente y opuesta a la de Alfonso XIII que en la década de los veinte cometió errores —que en política suelen ser crímenes— que disminuyeron su autoridad ante el pueblo español que le perdió el amor y el respeto. Todo comenzó cuando el monarca dio órdenes militares al comandante general de Melilla Manuel Fernández Silvestre por encima de la autoridad jerárquica del general Dámaso Berenguer, general en jefe del Ejército de España en Africa, provocando el Desastre de Annual en que murieron 20, 000 militares incluyendo al propio general Silvestre.

El Consejo Supremo de Guerra y Marina, comisionó al general Juan Picasso para iniciar una averiguación de los hechos ocurridos y depurar las responsabilidades de cada uno de los actores. Quizá el único expediente que se salvó de la destrucción de 1923, lo encontré en la biblioteca de mi padre José Antonio Arias y en 1974 le pedí a Diego Abad de Santillán —autor de **Por qué perdimos la guerra**— que prologara una edición facsimilar del mismo, donde expuso su importancia documental:

El **Expediente Picasso** se imprimió en Madrid, aunque no se incluyeron en él muchos documentos comprometedores para el monarca; se hizo un tiraje restringido y desapareció muy pronto; así, son contados los que lo tuvieron en sus manos en la época candente de la discusión y de las complicaciones políticas de aquellos días. Naturalmente hoy es un **documento totalmente desconocido** para las nuevas

generaciones, y sin embargo es una pieza importante de la historia digamos contemporánea de España, pues aquellos polvos trajeron luego los lodos que hemos conocido.

(...)

El Expediente Picasso repercutiría seguramente en el prestigio del ejército y en la continuidad de la monarquía. El rey pensaba lo mismo. No se sabe si los planes de alzamiento se hicieron en combinación tácita o expresa con el rey o sin ella, como decisión personal del aspirante a ocupar el mando supremo en España. Si no hubo acuerdo previo, **hubo pleno asentimiento regio** desde el primer instante. El rey pasaba sus vacaciones veraniegas en San Sebastián cuando el 13 de septiembre de 1923 se levantó en armas Primo de Rivera en medio de la indiferencia del pueblo español, cansado y decepcionado de la esterilidad de los partidos políticos que se turnaban como las figuras cambiantes de un caleidoscopio. **El rey interrumpió sus vacaciones y corrió a Madrid y no vaciló en nombrar a Primo de Rivera jefe del consejo de ministros**, sin saber ciertamente si el alzamiento contaba con las **guarniciones de toda España**, aunque podía sospecharse que no se opondrían al mismo. Inicialmente llegó así al poder para establecer la “paz social” y **resolver el problema de Marruecos**; se proponía constituir un breve paréntesis en la marcha constitucional del país, para restablecer las instituciones tan pronto como se encontrasen los hombres no contagiados con los denunciados vicios de las organizaciones políticas. El primer paso para la vuelta a la normalidad era la dictadura. Pero esa **dictadura, que duró siete años**, es otro capítulo triste y trágico de la historia española; y antes del retorno a la normalidad, **un día despachó el rey a Primo de Rivera como a un criado que no le servía ya**, y nombró en su lugar a otro, al **general Berenguer** y luego al **almirante Aznar**, con el que se puso fin a la monar-

quía el 12 de abril de 1931.

Pero la **misión del dictador** se había cumplido; la **clausura de las Cortes imposibilitó que se plantease el problema de Marruecos**, y el de la responsabilidad de los altos mandos militares, y se salvó la monarquía y se salvó el rey, cuya injerencia en los planes militares de sus adictos como Fernández Silvestre, se había divulgado en todos los ambientes.

Sol Aparicio Rodríguez, sobreviviente de Annual y testigo en las averiguaciones del general Picasso, añade algunos detalles a lo dicho por Abad de Santillán, en su libro **Yo combatí en tres mundos** (Edición particular. Monterrey, México 1973):

Naturalmente, este fallo jurídico-militar, que condensaba una de las más tristes páginas de la historia de España, que exigía máxima responsabilidad a las más altas autoridades que habían intervenido en la catástrofe, incluyendo al mismo rey Alfonso XIII, era necesario que desapareciera. Era vital para el rey que **el expediente se nulificara con una dictadura que barriera con las Cortes mismas.**

Todo Madrid sabía que el general Manuel Fernández Silvestre, había sido nombrado comandante militar de Melilla, por influencia de Alfonso XIII, pues era compañero de juergas íntimas, en las que no faltaban las queridas reales, Carmen Moragas, Julita Fons y otras. Como confirmación de la amistad que entre ambos existía, cuenta Fernández Almagro en su libro **Alfonso XIII**, página 385, que el rey mandó un telegrama al general Silvestre con este texto:

“¡Olé los hombres! El 25 te espero.”

(...)

El general Silvestre tenía empeñada su palabra de honor al rey Alfonso XIII de tomar la bahía de Alhucemas para el día

25 de julio, día del patrón del Arma de Caballería, Santiago Apóstol y, por tanto, no tenía otra disyuntiva que salir vencedor o pegarse un tiro antes de presentarse derrotado ante su majestad.

Ya desde 1914 había Ortega y Gasset, advertido en su ensayo **Vieja y nueva política**:

De todas suertes, hay que recordar, frente a los simplismos de los gritadores, que el problema de la guerra supone la solución previa al problema de Marruecos. Y esta es la hora, señores, ¡vergüenza da decirlo!, en que no se ha oído ninguna voz clara, articulada, que muestre reflexión, conocimiento ni astucia sobre este asunto. ¡Ved cómo el programa, este programa, digno de una nueva política, no puede inventarse en la soledad de un gabinete! Sin una múltiple colaboración, sin medios abundantes, ¿quién puede pretender ideas claras sobre esto que España en cinco siglos no ha conseguido fabricar?

Apliquemos ahora un análisis de la política a la inversa. Supongamos que Alfonso XIII no hubiera cometido los errores que causaron en parte el desastre de Annual y que el Alto comisario en Marruecos no hubiera permitido el hostigamiento sistemático a la familia Abd-El-Krim de parte del Comandante militar de Alhucemas desde 1916, como se desprende del capítulo **Conclusiones** (p. 299) del **Expediente Picasso**. En consecuencia el Rey no hubiera apoyado las dictaduras de los militares Primo de Rivera, Berenguer y Aznar para mantener clausuradas unas Cortes durante ocho años, cuya represión estalló con el advenimiento de la II República, cuyos dirigentes a través de sus errores confesados llevaron a España a la guerra civil, como consta en este libro y por ende no hubiera existido la dictadura de Franco a quien Inglaterra apoyó desde el inicio

de la rebelión militar en 1936, para utilizarlo como un peón en el juego de ajedrez contra Hitler y Mussolini, probablemente con la consigna de engañarlos para retrasar lo que fue la II Guerra mundial, como lo demuestra la evidencia histórica. Su premio fue el apoyo manifiesto de los aliados a su larga dictadura.

Los historiadores de la guerra civil española, jamás comprendieron el objetivo político de Inglaterra para retrasar durante tres años la agonía de la República, incluyendo a Rudolf Rocker (1873-1952) quien en su libro **Revolución y regresión** (Edit. Cajigas. Puebla, 1967) consignó las aparentes paradojas:

Era un hecho desconcertante que mientras Hitler era abastecido desde el extranjero de todas las materias primas y de material bélico terminado, a fin de que se preparase para una nueva guerra, se cortase a los leales españoles toda afluencia de armas. **La absurda prohibición que habían decretado las potencias sobre España**, tenía además algunas lagunas considerables que beneficiaban aún más a Franco. Se canceló la importación de armas en España, pero no la introducción de muchas otras cosas que eran igualmente necesarias para la guerra. **Pero ni la Alemania ni Italia fueron tocadas en absoluto por el llamado embargo, porque no se las consideraba Estados beligerantes** y podían recibir del extranjero lo que quisiesen. Lo cierto es que las bombas que después estallaron en Bilbao, en Madrid y en Barcelona eran fabricadas en el extranjero, recibidas por Hitler del extranjero y traspasadas a Franco. El embargo se había producido principalmente por la nueva configuración política de Europa y en especial por el peligro agudo de una nueva guerra mundial que, merced a la agudización continua de las oposiciones entre las potencias del occidente europeo y los Estados fascistas, se había puesto al alcance de la mano. **La rebelión de los generales fascistas en España puso a Inglaterra y a Francia en una situación**

crítica. No sólo por el hecho del capital considerable que habían invertido los dos países especialmente en los ricos yacimientos de hierro de España y que corría peligro, sino también porque había que temer que una España fascista, según toda probabilidad, se aliaría con Hitler y Mussolini. Pero en el caso de una nueva guerra mundial esto tendría consecuencias catastróficas tanto para Inglaterra como para Francia, pues **un dominio del Mar Mediterráneo por Italia y España, fortalecido con la alianza de Hitler,** cortarían a Francia de sus colonias del África del Norte e Inglaterra tendría bloqueada su vinculación con las posesiones orientales por el Canal de Suez.

Por este motivo **las dos potencias occidentales no querían una ruptura precipitada con Franco y creían poder conservar su favor mediante una falsa neutralidad,** en la presunción tácita de que después terminaría, mediante negociaciones diplomáticas, la guerra civil por un compromiso superficial cualquiera. Lo mismo que han intentado todo el tiempo comprar la paz en Europa mediante **concesiones cada vez mayores a Hitler,** aunque justamente lograron lo contrario, así creyeron los estadistas ingleses y franceses conseguir también un éxito por el mismo método, lo que en vista de la situación de conjunto tenía que resultar frustrado.

Parece olvidar Rocker que el gobierno inglés permitió que el avión **Dragón Rapide,** acondicionado especialmente para el trayecto [ver el testimonio de Juan Manuel Riesgo. **El País.** 18 de junio, 1996], partiera de Croydon (Sur de Inglaterra) a Tenerife, para trasladar a Franco a Marruecos para iniciar la rebelión contra la República española, por lo que jamás existió la posibilidad de que Franco permaneciera dentro del eje de Alemania, Italia y Japón, como lo demostró en la negativa a Hitler en Hendaya.

En el documento secreto soviético No. 63, editado por Rodosh, Habeck y Sevostianov en **Spain Betrayed** (Yale University Press. 2001), se observa el apoyo manifiesto de Inglaterra a Franco:

Inglaterra, que está asociada a una mayoría de los nacionalistas vascos –representantes del capital financiero e industrial– durante el transcurso de la guerra, ha apoyado con lo necesario al gobierno vasco, lo que ha frustrado la activación del Frente del Norte. Cuando se inició la ofensiva en el norte, Inglaterra obligó al gobierno vasco a capitular, **ofreciéndose como mediador ante Franco.**

En el documento 67, Iván Maisky, embajador soviético en Londres describió a Chamberlain en una carta dirigida el 25 de febrero de 1938 al Comisario de la defensa, comandante Voroshilov:

La actual crisis ministerial en Inglaterra se reflejará en los asuntos españoles. Es necesario considerar que la **política del gobierno británico sea aún más desfavorable de lo que ha sido hasta ahora.** Chamberlain es un reaccionario extremo y el peor enemigo de todo aquello que remotamente aparente “socialismo”. Ahora ha relacionado el destino de su gabinete al resultado de las negociaciones anglo-italianas. Por lo tanto su política será llegar a un acuerdo con Mussolini concerniente a España, para ayudar a la victoria de Franco tanto como sea posible.

Es aquí donde deben concentrarse los historiógrafos de la guerra civil. ¿Convenció o extorsionó la inteligencia inglesa a Franco para que aceptara el estratagema mencionado? En una entrevista grabada que tuve con el coronel Vicente Guarner, colega de Franco en la Escuela militar de Toledo, me informó sobre la

conducta homosexual del teniente Franco con un joven legionario alemán –a quien había hecho Alférez de Cabo– cuando era comandante de la Legión extranjera en Melilla.

El “Dime de qué presumes y te diré qué ocultas” de Franco, lo consigna Mikhail Koltsov en el libro I de **Diario de la guerra española**:

Franco manifestó al corresponsal de la agencia Reuter [19 de agosto de 1936]: «Si triunfamos, España será gobernada en base a los mismos principios corporativos de Alemania, Italia y Portugal. Estableceremos una dictadura que durará todo lo que sea necesario».

Después de tres años de estar orquestando la guerra de España, tiempo que necesitó para prepararse contra Alemania –como fue la fabricación de los aviones “Spitfire”– Inglaterra decidió expulsar a Stalin organizando el golpe de Estado del coronel Casado. Veamos lo que consignó Thomas en el Capítulo 50 de **La guerra civil española**:

En esta ciudad de Valencia se entrevistaron con Miaja, el general Menéndez y el coronel Ruiz-Fornells. **Casado explicó a estos oficiales que estaba resuelto a rebelarse contra el gobierno y concertar la paz.** Todos le prometieron su apoyo, pero le pusieron en guardia contra el Partido Comunista. Al día siguiente, Casado realizó un contacto similar con Hidalgo de Cisneros, a pesar de que sabía que era comunista, durante un almuerzo en los alrededores de Madrid. Probablemente suponía que la lealtad del jefe de la aviación sería mayor hacia sus antiguos compañeros de armas que hacia sus nuevos camaradas. «Sólo nosotros, los generales, podemos librar a España de la guerra», declaró Casado, quien, según Hidalgo de Cisneros, ya había dado

orden de que se cosieran en su uniforme sus nuevas insignias de general. «Le doy mi palabra de que puedo conseguir de Franco mejores condiciones de las que pueda conseguir Negrín. Incluso puedo asegurarle que respetarán nuestra graduación». Hidalgo le preguntó cómo era posible aquello y **Casado respondió que el representante británico en Madrid (posiblemente Denys Cowan) había efectuado todos los arreglos necesarios con Franco.**

Fredo Arias de la Canal

Ciudad de México.

Otoño del 2005.

Ramón Terrero Luján

Príncipe de Vergara, 36
Edif. 431/5715-435 64 50
Madrid-1

Sr. Don Fredo Arias de la Canal
Ciprés, 384
Col. Atlampa
06450 MEXICO, D.F.

Mi distinguido amigo: llego en este momento a Madrid y me encuentro con la agradable sorpresa del libro "Expediente Picasso" que me envía. Seguí en su día muy de cerca todas las actuaciones parlamentarias en relación con el gran tema.

Me dispongo a consultarlo con el mayor interés.

Muy agradecido, con afectuosos saludos

Madrid, 22 Diciembre 1989.

Enviados:
-Intento
-Posthumus

Ramón Terrero

El libro es extraordinario. de allí viene todo

Ramón Terrero

El libro es extraordinario. de allí viene todo!

MADARIAGA Y PRIETO. COINCIDENCIAS

A fin de evitarlo, a unos hay que cortarles las garras para que no puedan clavarlas en el cuerpo ya ensangrentado de la democracia, y a otros privarles inmediatamente de sus recursos para que éstos no se conviertan en elementos de agresión. ¡Que la democracia mundial no tenga luego que llorar como lloramos los españoles!

Indalecio Prieto

Palabras al viento

Salvador de Madariaga en la segunda parte de su libro **España**, en la que trató lo concerniente a la revolución de 1936, trató de hacerse un esquema imparcial de las causas de los acontecimientos. Recordemos sus palabras de introducción a la obra.

A tal fin se imponía una regla de severa disciplina: **no perder nunca contacto con los hechos más hondos, que son los del carácter, y en este caso particular los del carácter nacional de los españoles.** Pero apenas hará falta añadir que, al referirse al carácter español a fin de explicar **una de las locuras más trágicas que jamás nación cometió contra sí misma**, no se presentarán grandes ocasiones de poner de relieve sus rasgos más atractivos. **Habrà que referirse constantemente a los defectos de la psicología española.** Con lo cual, claro está, no se pretende tampoco que haya que clasificar a los españoles como pueblo a quien aflige mayor suma de defectos que al común de los mortales. Ni mucho menos. Todo lo más que cabe alegar es que en el cuadro tan vario como rico en matices de sus cualidades y defectos, **presenta el español cierto número de tendencias que le hacen la vida política en extremo difícil.**

En un artículo intitulado **Privilegio agradecido. El honor de unos ultrajes** (13 de mayo de 1959), del tomo III de **Convulsio-**

nes de España, el líder socialista (no marxista) Indalecio Prieto, comentó negativamente la obra aludida:

A comienzos de 1943 me ocupé de la recién hecha tercera edición de **España**, obra de Madariaga, impresa por primera vez en 1931 y que se presentaba corregida y aumentada. «Es el aumento y no las correcciones de esta nueva edición —escribí comentándola— lo que nos interesa, por dedicarse las trescientas sesenta y tantas páginas suplementarias a la Segunda República española y a la guerra civil en que se extinguió.

Los trabajos históricos —añadí— debieran ir precedidos de la biografía de sus autores respectivos por aquello de que todo es según el color del cristal con que se mira. Viendo previamente las gafas utilizadas por el historiador para contemplar los acontecimientos o episodios de que pasa a darnos cuenta, los lectores podrían amenguar el tinte rosado o el fondo negro de aquéllos. Don Salvador de Madariaga no omite su biografía —la biografía de su muy breve actuación política— que queda trazada en treinta páginas, si bien no la pone en primer término, sino en último, lo cual equivale a presentársenos con las gafas adheridas al cogote y no montadas sobre la nariz.

Pero como el autor ha ido exponiendo sin disimulo su juicio sobre los sucesos, huelgan las gafas, mucho más para quienes conocíamos de antemano el color de los quevedos usados por el erudito catedrático de Oxford. En realidad, hubiese hecho bien suprimiendo el apéndice en que relata su paso por las Embajadas de Washington y París, por la Delegación permanente de España en Ginebra y por los Ministerios de Instrucción Pública y Justicia, ya que la insignificancia de todo ello se pierde entre el volumen gigantesco de la tragedia precedentemente comentada. Así el texto habría quedado limpio de salpicaduras rencorosas,

que lo afean, a cuenta de **levísimas lesiones inferidas al amor propio**. Mas el legítimo afán de defensa exime al Señor Madariaga de este pecado venial, pecado de nimiedades.

Para el fugaz ministro, maldito si la República pudo anotar nada en su haber. Todo o casi todo lo hizo mal, y en vez de resolver problemas, los envenenó. No he de seguir al señor Madariaga en su crítica acerba para refutarla. Es tarea superior a mis fuerzas y me batiría con armas desiguales, pues en tal clase de contiendas no basta tener razón, sino que, además, se necesita saber exponerla, arte en el cual me hallaría en notoria inferioridad respecto de mi contrincante. En mi deseo, muerto al instante mismo de nacer no habría pruritos de salir al paso de ataques personales, como actor que fui en la política española durante el periodo 1931-1939 abarcado por el suplemento histórico, ya que de tan dura crítica salgo bastante bien librado y no merecen la pena dos o tres aclaraciones que me competieran para destruir errores informativos en que el historiador incurre a causa de fiarse con exceso de apasionado banderizo.

Mi refutación, plenamente objetiva, iría encaminada a demostrar cómo el prejuicio político lleva al señor Madariaga a medir cuidadosamente las paletadas de cal y las de arena que debe verter para que la argamasa de su construcción histórica sea exactamente la mezcla por él deseada. El señor Madariaga no está con las izquierdas, pero tampoco desea situarse entre las derechas. Ahora bien, emplazándonos en el punto de mira de los avances políticos logrados por la República, habría que afiliarle como derechista, aunque él lo repugne. Situado en semejante invariable atalaya, el autor no deduce de los hechos su criterio, sino que conforma los hechos a criterio previamente establecido, con los consiguientes resultados artificiosos.

Quien no tenga otros elementos de juicio que los proporcionados por don Salvador de Madariaga, **concluirá que estuvo justificada la subversión acaudillada por el general Franco y tendrá por seguro que éste hubiese triunfado sin necesidad del apoyo que le prestaron Alemania, Italia y Portugal.** Lo uno y lo otro es falso. La subversión jamás podrá justificarse por el estado político del país, aunque, tal estado fuera el que, recargando tintas, nos describe el insigne literato gallego, y el pueblo la habría aplastado de no mediar el concurso de esas tres naciones, singularmente el de Italia y Alemania concertado con mucha anterioridad, aunque el parcialísimo historiador lo niegue».

En mi ensayo **Diagnóstico de España** que publiqué en la revista **Norte** No. 269 (enero-febrero 1976), y que para mi satisfacción aconsejó todos los cambios que se han efectuado en España por el gobierno Juan Carlos-Suárez –para menguar un tanto el instinto de muerte de los españoles– hice referencia al libro de Madariaga y dije que este escritor había hecho un examen objetivo de todas las provocaciones masoquistas de Manuel Azaña, Largo Caballero y otros muchos personajes de la política, terminando su obra con una relación de la vergonzosa conducta de Negrín en el exilio.

Indalecio Prieto en **Convulsiones de España** (1967) citó lo dicho por él en un mitin celebrado en el frontón de Ortuella en el año de 1911:

Acaso en España no hemos confrontado con serenidad las respectivas ideologías para **descubrir las coincidencias**, que quizá fueran fundamentales, y **medir las divergencias**, probablemente secundarias, a fin de apreciar si éstas valían la pena de ventilarlas en el campo de batalla.

Tratemos pues de descubrir las coincidencias entre Prieto y Madariaga que quizá pudieran resultar fundamentales. En su libro **Palabras al viento** (1942), bajo el título **Manuel Azaña** (5 de noviembre de 1940), expresó Prieto lo siguiente:

No se constituyó entonces un Gobierno con toda la solidez necesaria. Encargado yo de formarlo, decliné el encargo, porque me cerró el paso la mayoría del grupo parlamentario socialista, opuesto a todo Gabinete de coalición, y con mayor furia si había de ser yo quien lo presidiese. Mas descartada tal solución, adecuadísima a la estructura del nuevo Parlamento y exigida por las circunstancias, **el señor Azaña no tuvo acierto al elegir a sus consejeros**, pues hizo un Gobierno demasiado personal o —con respeto para todos, y si se admite la palabra— demasiado doméstico. Las carteras-clave, como la Presidencia del Consejo, y los ministerios de Justicia, Guerra y Hacienda, fueron entregadas, con olvido de otros factores muy esenciales en aquella y en todas las horas, **a íntimos del señor Azaña. La voluntad y el criterio de éste imperaban, así, de modo absoluto.** La devoción que entre sus íntimos despertaba el señor Azaña, solía rayar en la idolatría, y los idólatras jamás disienten del ídolo.

Por eso, **como el señor Azaña no creía en la sublevación, el Gobierno tampoco creyó en ella**, y los sublevados pudieron lograr el éxito que en casos semejantes suele acompañar casi siempre a la sorpresa.

LAS GESTIONES DEL MARQUES DE CARVAJAL

Fueron inútiles nuestras advertencias, dichas a diario en todos los tonos, y fue inútil el viaje a Madrid del marqués de Carvajal. Esta anécdota merece la pena de ser publicada.

Uno de los militares comprometidos desde primera hora fue el general Goded, quien ignoraba la colaboración que en la contienda iban a tener italianos y alemanes. Cuando se enteró, ya muy tarde, su espíritu reciamente español reaccionó contra la tenebrosa aventura.

Girando sus simpatías en torno a Inglaterra y Francia, Goded decidió notificar lo que se tramaba a los Gabinetes de París y Londres y al mismo tiempo prevenir al Gobierno español; misiones que encomendó a su íntimo amigo el marqués de Carvajal. Acaso sea hoy figura destacadísima del ministerio británico quien oyó las palabras proféticas del aristócrata español, las cuales fueron también escuchadas por una personalidad que formaba parte del Gobierno francés el 3 de septiembre de 1939, al declararse la guerra europea.

El marqués de Carvajal se presentó en Madrid y vio al señor Azaña para ponerle en autos y rogarle que el ministro de la Guerra llamara por telégrafo al general Goded, a fin de que éste, trasladándose desde Palma de Mallorca, completara la información y, además, quedase fuera de la órbita de los que iban a sublevarse. He recogido las dos versiones de esta entrevista que **pudo cambiar el rumbo de la historia de España**. Según el señor Azaña, el marqués de Carvajal se limitó a pronunciar palabras vagas y confusas; según el visitante sus manifestaciones fueron concretas y categóricas. Lo cierto es que mientras el marqués esperaba en Madrid la llegada de Goded, mediante la orden solicitada del ministro de la Guerra, la policía se presentó en su cuarto del hotel Victoria, de la plaza de San Ángel, le descerrajó las maletas e hizo el más escrupuloso registro entre sus papeles. El emisario, viendo el rumbo peligroso que tomaba su gestión regresó a escape a Biarritz, donde residía. Allí le transmitió Goded su presentimiento de que los directores de la sublevación le alejarían de Baleares, porque él no consenti-

ría que los italianos hollaran el archipiélago, y de que se le enviaría a lugar donde fuese seguro su sacrificio. Así ocurrió. Se le destinó a mandar las tropas que debían sublevarse en Barcelona y, detenido al llegar a la Ciudad Condal, fue fusilado. Libros que después de la guerra se han publicado sobre la génesis y desarrollo de la subversión militar, señalan a Barcelona como una de las ciudades donde los promotores del movimiento tenían por cierto el fracaso momentáneo.

Si hubiera creído Azaña en la sublevación, hubiese creído también en ella Casares Quiroga, y esa creencia habría dictado elementales medidas, entre las cuales figuraba, desde luego, la privación de mando a Franco, a Mola y al mismo Goded, primera figura intelectual del Ejército, pero a quien su amor propio herido y su grande ambición le convertían en elemento peligroso.

Ciego Azaña, cegaron los demás, que sólo veían por los ojos de él.

En **18 de julio de 1936. Al cabo de veinte años** (25 de julio de 1956), del tomo I de **Convulsiones de España**, Prieto reprodujo un fragmento de **Historia de la guerra de España**, de Zugazagoitia y le añadió sus comentarios personales:

Las divergencias entre los socialistas —escribe Zugazagoitia refiriéndose al periodo que medió entre el triunfo electoral de las izquierdas en febrero y la subversión de julio— eran de un volumen demasiado considerable para que se pudiese pensar en reducirlas. La polémica no iba a tardar en hacerse desapoderada y brutal, con agresiones personales del tipo de la muy lamentable de Ecija, en que la defensa de la vida de Prieto necesitaron hacerla unos cuantos amigos suyos, entre los que se encontraba el doctor Negrín, llegando al uso de las pistolas. La polémica subió en aquellos días de tempera-

tura. Los prestigios populares del Partido Socialista y de los sindicatos los reunía casi íntegramente Largo Caballero, cuya posición intransigente en orden a los republicanos encontraba ecos de simpatía caliente entre los comunistas españoles. Se enfrentaban dos posiciones igualmente desinteresadas y honestas en el seno del Partido Socialista, la mayoría, **encabezada por Largo Caballero**, que consideraba cancelada la experiencia republicana y defendía la constitución de la unidad obrera con vistas al ejercicio íntegro del poder, desde el cual desarrollar una política eminentemente socialista; la minoría, corporizada por **Prieto** que tomaba en cuenta la realidad española, en la que operaban con fuerza los partidos conservadores, y reputaba peligrosísimo separarse de los republicanos y de la República. El mismo sincero desinterés de las posiciones las hacía irreconciliables. Conforme a la dolorosa observación de Ganivet, unos y otros polemistas pasaron a arrojarle sus respectivas razones como si se tratase de cantos puntiagudos. Nada que procediese del contrario se escuchaba. Así cuando Prieto, en quien la videncia era menor que la información, advirtió pública y solemnemente que se avecinaban días de gravedad extraordinaria, sus correligionarios, en contradicción, le atajaron con una frase que, cualquiera que sea el tiempo que la empolve, quedará inolvidable: «¡Bah!, cuentos de miedo». La gravedad de ella es que era sincera. Por lo menos, lo era en Largo Caballero que, obseso en su ideal, no podía comprender otras violencias que las que desencadenase, en busca de su victoria, la clase obrera.

Antes de esa advertencia pública y solemne de que Zugazagoitia habla y de la cual perduran como testimonio varios discursos y artículos periodísticos, **yo había prodigado mis avisos a gobernantes y correligionarios**. Sólo decidí su publicidad al darme cuenta de que era imposible

quebrantar la incredulidad ministerial y al reiterarse ofensivamente la mofa socialista. La incredulidad llegó al extremo de considerar que mis anuncios tenían origen menopáusico —así me lo dijo con crudeza el Presidente del Consejo de Ministros— y la befa se acentuó echando a volar el rumor de que yo inventaba “cuentos de miedo” bajo el propósito de que, haciéndolos creer, llegara a constituirse un Gobierno del que yo formara parte. Esto último lo afirmaban quienes, meses después, en plena sublevación y cuando cosas antes evitables carecían ya de remedio, me requirieron a agruparme ministerialmente con ellos. No quise desatenderles, pese a haberme hecho objeto de continuas burlas. Mis advertencias en mítines y periódicos tuvieron el mismo efecto nulo que las musitadas al oído, pues no hay peor sordo que el que no quiere oír.

Con razón anota Zugazagoitia que mi videncia era menor que mi información. Esta venía suministrándome multitud de noticias indiciarias y probatorias de cuanto se tramaba, susceptibles de crear una **convicción recia sobre el enorme peligro que nos amenazaba, pero era inútil, por los motivos dichos que yo me apresurara a trasmitirlas**. Si alguna duda hubiese tenido, se habría disipado cuando cierta persona se avistó con mi hijo para, a base de informes concretos y con origen irrecusable, aconsejar que mi familia y yo marchásemos al extranjero y quedar así a salvo de todo peligro. Agradecí el consejo, pero no lo seguí. En cambio, se lo di a persona menos significada que yo, la cual traspuso a tiempo la frontera.

En el artículo **Manuel Azaña y lo del oro español** (19 de noviembre de 1958), Prieto comentó la opinión de Luis Araquistáin, de su libro **La intervención de Rusia en la guerra española**:

Me he entretenido, quizá excesivamente, en deshacer la maraña de conjeturas que llevan a mi amigo Araquistáin a la conclusión de que, o Rusia exigió el depósito como garantía del pago de armamento que angustiosamente se le demandaba o que los republicanos españoles obraron por un motivo de extrema desesperación y que, dando por perdida la guerra apenas comenzada, les urgía salvar el oro en espera de circunstancias internacionales más propicias. Como estoy seguro de que **Largo Caballero**, de quien yo era por entonces amigo muy íntimo —manifiesta el articulista— no se hallaba en tal estado de desesperanza en cuanto al desenlace de la guerra, y me cuesta mucho trabajo también imaginar presa de tal abatimiento a Negrín, a quien conocía aún más íntimamente que a **Largo Caballero**, no me queda otra alternativa que volver a la hipótesis de la coacción soviética o declarar simplemente que la **entrega del oro a Rusia fue una locura de todo punto inexplicable**.

En el artículo **Oro vuelto pavesas. El Kremlin prestidigitador** (15 de mayo de 1957), Prieto ironizó sobre el masoquismo de Negrín y el de Largo Caballero:

El Kremlin, como cualquier prestidigitador clásico, luego de esconder la prenda, muestra por ambos lados sus manos, exclamando: «Vea el respetable público que nada tengo en la palma ni nada tampoco en el dorso». En efecto el cargamento aurífero —¡quinientas toneladas!— se ha esfumado. Seguidamente, el prestidigitador alza sus brazos y da chasquidos con los dedos como para disipar las pavesas —pavesas inasibles— en que se ha vuelto el oro. Es un magnífico espectáculo de moderna magia estatal, del que **Pravda** nos ha hecho muy linda descripción.

Si mientras lucha por la libertad, algún pueblo ve que peligran sus ahorros dentro del suelo patrio, **mándelos a**

guardar en Rusia. ¿En qué sitio los tendría más seguros?

Si aceptamos que los principales líderes socialistas eran paranoicos suicidas, es natural que sus determinaciones políticas fuesen provocaciones compulsivas inconscientes con el propósito latente de marchar hacia la ruina y la muerte. En **Francisco Largo Caballero y Federica Montseny** (7 de noviembre de 1941), de su libro **Palabras al viento**, Prieto expuso uno de los más graves errores de los socialistas:

Pero ceden las exhortaciones ante un recuerdo. A hora muy temprana, un día otoñal de 1932, nos reunimos con Largo Caballero, en su casita de la Dehesa de la Villa, de Madrid, Fernando de los Ríos y yo. **El Tribunal Supremo había condenado a muerte al general Sanjurjo por acaudillar la sublevación militar del 11 de agosto.** La sentencia iba a someterse horas después al Gobierno. **Sin vacilaciones por parte de ninguno, los tres ministros socialistas nos pronunciamos por el indulto.** Largo Caballero me dijo: «—Encárgate tú de defender nuestro criterio en el Consejo; puedes hacerlo mejor que nosotros si surgen opiniones opuestas por parte de otros ministros». El Gobierno se reunió entre angustiosa expectación. Para nosotros era un enigma la actitud de los demás, y para los demás la nuestra. Cuando Azaña dio cuenta del terrible fallo, se produjo en la sala un silencio impresionante, contrastando con el vocerío de la multitud que, ante el Palacio de Buenavista, pedía a gritos, el cumplimiento inmediato de la sentencia. Rompí yo el silencio para decir que los ministros socialistas votábamos por el indulto de Sanjurjo. Los restantes ministros se sumaron a nuestro criterio. Y el indulto fue acordado por unanimidad, oponiéndose el Gobierno al deseo de las masas, cuyo eco iracundo llegaba hasta nosotros.

En **Cartas a un escultor**, del tomo III de **Convulsiones de España**, don Indalecio reconoció también su propio masoquismo:

De tus comentarios se colige que crees que aquel asesinato originó la guerra. Esto tampoco es verdad. Una extensa literatura a cargo de los vencedores, destacando en ella la biografía de Franco, por Arrarás, y la de Mola, por Iribarne, más el sensacional libro del coronel Ansaldo, demuestran irrefutablemente que la sublevación se venía preparando desde el nacimiento del nuevo régimen, habiendo sido frustrada en su primer intento el 10 de agosto de 1932. **Quizá el gesto clemente que los ministros de entonces tuvimos con los caudillos insurrectos les dio alas para sublevarse de nuevo.**

En **Privilegio agradecido. El honor de unos ultrajes** (13 de mayo de 1959), Prieto medio reconoció el segundo grave error de los socialistas, que fue la Revolución de Asturias:

Acerca de los sucesos de 1934 hablé y escribí en ocasiones varias. Aún me queda por profundizar bastante en ellos, pero no he de hacerlo ahora por juzgar inapropiada la ocasión. Me limito a decir que es desatinado comparar lo de 1934 con lo de 1936, tanto por sus orígenes como por sus consecuencias.

La protesta civil de 1934, suscitada principalmente por el **Partido Socialista**, tenía como finalidad, y así se anunció públicamente, incluso por mí en el Congreso, **oponerse a que asumieran el Gobierno personas que, como diputados, no prestaron promesa de fidelidad a la Constitución cuando ésta se aprobó en diciembre de 1931**, y que, por lo tanto, no la acataban. **Fue un movimiento, quizá erróneo, en defensa de la Constitución.**

En la conferencia **Confesiones y rectificaciones**, que pronunció Prieto en el **Círculo Cultural Pablo Iglesias**, de México, el 1 de mayo de 1942 y que consignó en su libro **Discursos en América**, había reconocido plenamente que lo de Asturias fue una provocación masoquista:

Mi segunda confesión viene a un plano de relativa actualidad y será más sugestiva para vosotros y más dolorosa para mí. Aquí he de empalmar mis palabras de hoy con otras que pronuncié en el discurso de 21 de abril de 1940, al inaugurarse el **Círculo Pablo Iglesias**, palabras que abarcan, en cierto modo, todo este período trágico de la vida española. Me refiero al movimiento revolucionario de 1934. **Me declaro culpable ante mi conciencia, ante el Partido Socialista y ante España entera de mi participación en aquel movimiento revolucionario. Lo declaro, como culpa, como pecado, no como gloria.**

Si en un principio estuvo influido el gobierno de la República por los socialistas, también estuvo influido por otras tendencias y por los hombres que las representaban, quienes eran tan autoagresivos como los mismos socialistas. De esto se induce que los gobiernos republicanos, como seres de gran tamaño, fueron suicidas. Veamos **Una gestión frustrada** (14 de febrero de 1942), del libro **Palabras al viento**, en la que expone Prieto la manera de actuar de los políticos republicanos:

Saltamos a la década siguiente. El Gobierno está reunido en Valencia, bajo la presidencia de don Juan Negrín. El ministro de Estado, don José Giral, propone que sea canjeado Raimundo Fernández Cuesta —fundador, en unión de José Antonio Primo de Rivera, de Falange Española— por Justino Azcárate, hermano del embajador de España en Londres. Me opongo enérgicamente. Soy partidario del canje de prisioneros, pero estimo que venimos efectuando

con grave daño nuestro. **Hemos puesto a la disposición de Franco jefes militares eficacísimos a cambio de oscuros parientes de personajes republicanos.** Esta vez, la desigualdad va a ser mayor, si se compara la escasa personalidad republicana de Justino Azcárate con la relevantísima de Fernández Cuesta en el campo contrario. Bernardo Giner de los Ríos, rebatiendo mis argumentos, asegura que con diez hombres de la talla de Justino Azcárate sería muy distinta la suerte del régimen republicano. Le oigo con asombro y luego sonrío. Las palabras de Giner son nueva demostración de la solidaridad que une a profesores y alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, solidaridad más estrecha que la practicada por los masones y que la peculiar de los jesuitas. Julián Zugazagoitia defiende el canje propuesto, ensalzando el comportamiento de don Pablo Azcárate, hermano de Justino. También descubro enseguida la raíz de esta actitud. Pablo Azcárate es íntimo de Marcelino Pascua y Marcelino Pascua gran amigo de Zugazagoitia. Me encrespo más. Estos asuntos deben resolverse tapando con cien vendas los ojos de la amistad. Negrín calla. Otros ministros también. Soy yo sólo quien pelea contra los partidarios del canje, aunque creo contar con bastantes votos, entre ellos los dos comunistas. El señor Giral, hombre bueno por excelencia, insiste en su proposición, atribuyéndole, según informes de la Embajada de París —desde donde viene rodando la iniciativa— gran interés político, porque Raimundo Fernández Cuesta, en plena libertad, será germen de discordia al oponer la prístina ideología de Falange —la de Primo de Rivera, la de los **camisas viejas**— a las mistificaciones franquistas. Persisto en mi actitud, manifestándome incrédulo ante esas consecuencias reputadas probables. Entonces alguien indica que yo mismo explore a tal respecto el pensamiento y la voluntad de Fernández Cuesta antes de decidirse nada. Acepto el

cometido y estimando indiscreto ir a hablar con el reo a la cárcel, lo hago sacar de la prisión y llevarlo hasta una casita de campo en Bétera, donde yo me albergo. Sin otro acompañamiento que el de un funcionario a mis órdenes y el de un amigo suyo, el jefe de Falange llega a mi casa. Los carabineros que la guardan no conocen al visitante y si le dejan pasar es por ir con persona de mi absoluta confianza. La cita ha cogido de sorpresa a Fernández Cuesta y éste ha venido con el traje de dril deterioradísimo usado en la prisión. Charlamos largamente. Le refiero lo ocurrido en Consejo, sin ocultarle que soy yo quien se opone al canje que puede devolverle la libertad. Él lleva preferentemente la conversación a dos temas: su inocencia en el proceso que se le sigue y que habrá de ocasionar el fusilamiento de todos sus consortes —Golfín, Corujo, etcétera— y su falta de participación en los atentados personales cometidos por falangistas antes de comenzar la guerra. No pretendiendo arrancarle palabra alguna por sorpresa, le convoco para días más tarde. Él vuelve a la cárcel y yo al Ministerio.

A la nueva entrevista, también en la casita rodeada de naranjos, acude Fernández Cuesta vestido con elegante traje de paño. Nuestra charla es más larga que la anterior. Nos sentamos a merendar. Los comensales somos cuatro: Fernández Cuesta y yo, más el amigo suyo y el mío. Departamos sobre las causas de la contienda, el dolor de la lucha y el porvenir ruinoso de España. Fernández Cuesta se abstiene de formular promesas sobre su conducta política, si se le liberta. Por mi parte, tampoco procuro arrancárselas. ¿Para qué? Cierro la conferencia con estas palabras: «—No sería digno, dadas las especialísimas circunstancias en que uno y otro nos encontramos, que yo presionara a usted para obtener determinados ofrecimientos, y si, coaccionándole, los lograra, no creería en ellos, estimando lícito que usted me mintiera. **Su vida depende de mí de modo personalísi-**

mo. Me repugna ser yo quien decrete su muerte. En consecuencia, y aun sin esperar lo que otros ministros aguardan de usted, desisto de seguir oponiéndome a su canje con Justino Azcárate. Tiene usted, pues, asegurada la libertad sin compromiso alguno. Todo queda a su conciencia. Haga, al verse libre, lo que ésta le dicte».

Nos despedimos dándonos la mano. Pocos días después salían simultáneamente para Francia, Justino Azcárate desde la cárcel de Valladolid y Raimundo Fernández Cuesta desde la de Valencia. A pesar de que aún duró dos años la guerra, Azcárate —el de la decena de salvadores de la República, según su condiscípulo de la Institución Libre de Enseñanza— ni se puso a las órdenes del Gobierno ni volvió a España. Fernández Cuesta, luego de ir a postrarse ante la Virgen de Lourdes, para darle gracias por su liberación —atribuyéndole a la milagrosa imagen, quien por lo visto, me tocó al corazón— marchó a Burgos y fue ministro de Franco, con Serrano Súñer, Esteban Bilbao, De la Peña, Sánchez Mazas y Larraz, que **también habían estado en nuestro poder.**

En **Pláticas. Al pie de un caballete** (13 de octubre de 1951), Prieto expone una paradójica actitud:

Hubo republicanos, y yo se lo he oído con asombro, que entendieron que los socialistas debíamos recortar nuestra representación parlamentaria, reducirla, suprimirla casi, **otorgándoles nuestros votos en las urnas para ellos gobernar más holgadamente con mayoría propia.** Nos invitaban a un suicidio y a una farsa: al suicidio porque deberíamos prescindir del número de diputados proporcional a nuestra fuerza, indiscutiblemente superior a las de los demás grupos adictos, y a la farsa porque daríamos sensación de que los republicanos disponían de núcleos que les faltaban.

Veamos algunos ejemplos que nos explicarán cómo la República fue cavándose su propia fosa. En **Conferencia del 1 de mayo de 1946**, consignada en el III tomo de **Convulsiones de España**, Prieto aludió a la constitución española de 1931:

Las soluciones que persigo las hallo dentro de la patria, acogéndome a características marcadamente españolas. Además, aunque pretendamos –y no tenemos por qué ocultar el propósito– reformar a su hora la Constitución de la República, todas cuantas aspiraciones voy a bosquejar encajan dentro de la Constitución de 1931. Para vuestro recuerdo, y para el mío, leeré el **artículo 44 de la Constitución**, que dice:

Toda la riqueza del país, sea quien fuere su dueño, está subordinada a los intereses de la economía nacional y afecta al sostenimiento de las cargas públicas, con arreglo a la Constitución y a las leyes.

La propiedad de toda clase de bienes podrá ser objeto de expropiación forzosa por causa de utilidad social, mediante adecuada indemnización, **a menos que disponga otra cosa una ley aprobada por los votos de la mayoría absoluta de las Cortes.**

Con los mismos requisitos, la propiedad podrá ser socializada.

En **La constitución española de 1931. Esperanzas muertas** (15 de diciembre de 1951), del tomo I de **Convulsiones de España** el líder socialista trató el asunto religioso:

El tiempo me dio pronto la razón. Los señores **Alcalá Zamora y Maura dimitieron cuando las Cortes aprobaron el artículo 26 de la Constitución**, por el cual, tras establecer que todas las confesiones religiosas serían

consideradas como asociaciones sometidas a una ley especial, no pudiendo el Estado, las regiones ni los municipios auxiliarlas bajo forma alguna, se declaraban disueltas «aquellas órdenes religiosas que estatutariamente impongan, además de los tres votos canónicos, otro especial de obediencia a autoridad distinta de la legítima del Estado», regla sólo válida para **disolver la Compañía de Jesús**, cuyos bienes se nacionalizaban, afectándolos a fines benéficos y docentes.

Para disolverla, no para expulsarla, según divulgaron los reaccionarios de todo el mundo, adornando su falso aserto con fotografías de jesuitas que, provistos de maletas y hatillos, atravesaban la frontera pirenaica. Aquellos clérigos —profesos de fecha reciente— no se expatriaban expulsados por las autoridades españolas; se iban obedeciendo instrucciones dadas desde Roma por el general de la orden, ansioso de evitar los riesgos de que sus subordinados más jóvenes se diseminaran por domicilios particulares para vivir en el seno de familias, pues por muy católicas que éstas fueran y muy sagrados los hábitos ignacianos, el demonio suele escabullirse entre los trajes telares, tanto masculinos como femeninos, y en consecuencia, el general, ateniéndose al sabio refrán de **quien quita la ocasión quita el peligro**, dispuso que aquella grey juvenil se recluyera en conventos del extranjero.

Mi parecer personal, expuesto en Consejo de ministros, sobre el delicadísimo problema religioso lo traduje a otro refrán: o herrar o quitar el banco. Es decir, o abordar el problema a fondo o dejarlo tal como estaba jurídicamente, parapetándonos en el Concordato, incumplido por parte de la Iglesia, para reducir el número de órdenes monásticas. **Lejos de proceder así, nos dedicamos a arañar, simplemente a arañar, y los arañazos, siempre superficiales, suelen irritar mucho más que las puñaladas.**

En **Aniversario. Los orígenes de la sublevación franquista** (7 de abril de 1949), de la obra antes citada, Prieto trató el asunto militar:

La hecatombe sufrida por España arranca del resentimiento de varios generales, **despechados por habérseles suprimido las Capitanías, virreinos a usanza colonial, y habérseles puesto de tope en la escala el grado de General de División.** Hagámosles la justicia de suponer que no calcularon bien la monstruosa tragedia que iban a ocasionar. (...) Los “ideales” redentores de la Unión Militar Española consistían en derribar la República. **Esta había ofrecido a los militares que no sintieran simpatía por ella concederles el retiro con percepción íntegra del respectivo sueldo y disfrute vitalicio de carnet para viajar gratis por toda España.** En 1933 se habían reunido secretamente los díscolos para hundir un régimen al que habían jurado fidelidad. En 1932 promovieron la primera sublevación, que el Gobierno, generoso no castigó con ninguna pena de muerte.

En el citado artículo **18 de julio de 1936. Al cabo de veinte años**, Prieto dijo que sería injusto achacar exclusivamente al Gobierno una suicida obcecación:

Si en 1932 tuve suerte, no llegué a que también me acompañara en 1936 o, mejor dicho, a que fuesen agraciadas por ella la República y España. Porque pudo lograrse igual frustración a no impedirla un absurdo ofuscamiento. Recientemente he leído los juicios de un periódico pamplo-nés, considerando providencial la designación del general Mola para el mando militar de Navarra. **Agente de la Providencia fue el mismísimo Gobierno que envió a aquella provincia —única entre las cincuenta de España**

susceptible de levantar subversivamente a la mayoría de sus habitantes— a tan enconado enemigo, cuya impunidad, si surgía el fracaso, estaba asegurada teniendo libre a sus espaldas el Pirineo.

En su artículo **El camaleón comunista** (19 de septiembre de 1941), de su libro **Palabras al viento**, Prieto trató el asunto de la injerencia comunista tolerada por la República:

Churchill auxilia a la República soviética, pero, al propio tiempo, rechaza las intromisiones en la política interior británica que puedan dictarse desde Moscú. En Downing Street no se depone a ministros porque lo pida el Kremlin, conducta que debió haberse seguido en España. **Pero allí fuimos de claudicación en claudicación, y cuando quisimos darnos cuenta —escrito por mí estaría mejor dicho «cuando quisieron darse cuenta»— nos hallábamos copados.** La insurrección de 1939, personificada por la Junta de Madrid, para romper el cerco, constituyó error tremendo por ser demasiado tardía y asumir formas inadecuadas.

En **Palabras claras sobre el caso de España** (6 de enero de 1941), del mismo libro, Indalecio Prieto enfatizó su remordimiento por no haber hecho más de lo que hizo:

Se reaccionó contra la influencia comunista a destiempo y se reaccionó como consecuencia no de que nosotros —aquí aplico indebidamente el pronombre, porque puedo considerarme aparte— cambiáramos nuestra concepción respecto a lo que convenía al Partido Socialista y a la guerra, sino por los excesos y torpezas del Partido Comunista; se reaccionó por coacciones de tanta vileza como la de que **quien en los frentes y en las trincheras rechazaba el carnet comunista tenía los momentos contados.** ¡Reacción muy tardía,

producida no por reflexión, sino ante el espectáculo de la sangre de nuestros propios correligionarios, asesinados en las líneas de batalla, y que, al fin, abrió los ojos de quienes estuvieron obcecados hasta entonces! ¿Nos excedimos en el callar? Ahora sí es justo hablar en primera persona. Acaso sí. Quizá yo sea uno de los culpables de silencios que podían significar allanamiento. **Con frecuencia, volviendo la mirada hacia aquellos tiempos, no deja de herirme el remordimiento.** Pero la guerra terminó y, al terminar, consideré llegado el instante, sin peligro para la causa de España, sino, al contrario, favoreciéndola de **liquidar en forma definitiva la torpe política del encumbramiento del comunismo, de sumisión a él.** Esa era, en el fondo, la cuestión que, al margen de otra que puede considerarse episódica, fui a plantear a París en julio de 1939. Creía que el Partido Socialista, tan duramente castigado, encontraría motivos de rectificación. Reproduciré lo que entonces dije en París, ante los hombres representativos de nuestro Partido: «con los comunistas no podemos ni debemos seguir, no sólo porque nos agobia el recuerdo de las viles coacciones que han sido eje de su política con nosotros a lo largo de la guerra, sino por razones de conveniencia colectiva en cuanto al Partido y patriótica respecto a España. Si alguien reputa posible, cualquiera que sea la descomposición del franquismo, restaurar las instituciones democráticas en España a base de predominio comunista, ése está loco. **El comunismo lo repele España entera, lo repelen nuestros combatientes encarcelados; lo repelarían, si pudieran hablar, nuestros muertos, los asesinados por la espalda**». Dije en las memorables reuniones de París que si el comunismo constituía un lastre insoportable debíamos arrojarlo por la borda para que España nos pudiera acoger al amparo de instituciones democráticas que salvaguardasen nuestra vida y nuestra libertad.

Ahora bien, quien crea que los socialistas y los republicanos fueron los únicos responsables de la catástrofe, están equivocados. Habrá que repetir hasta la saciedad que los españoles están adaptados inconscientemente a la idea de morir, a todos los niveles sociales. Desde el rey hasta el último de los labriegos extremeños y que cada uno en su órbita comete actos estúpidos, masoquistas o suicidas. Las estupideces cometidas por Alfonso XIII en Africa son comparables a las del pueblo cuando se amotina. En el artículo **La iglesia católica en la contienda** (18 de octubre de 1941), en **Palabras al viento**, expresó Prieto:

Los desmanes anticatólicos ocurridos durante la República nunca contaron con mi aprobación. Los primeros —la quema de templos en mayo de 1931— desbarataron, por sus repercusiones en el extranjero, mis planes como ministro de Hacienda, y los últimos los condené con frases duras en Cuenca, el primero de mayo de 1936, cuando, luego de anunciar públicamente el alzamiento acaudillado por Franco, dije que en esos desmanes no veía «signo alguno de fortaleza revolucionaria» y que ningún privilegio se destruía «con excesos aislados, esporádicos, que dejan por toda huella del esfuerzo popular unas imágenes chamuscadas, unos altares quemados o unas puertas de templos ennegrecidas por las llamas», creándose con todo ello el ambiente «que necesita el fascismo para florecer». Cínicas confesiones posteriores a la guerra revelan cómo el fascismo preparó y alentó algunos de esos desmanes, a los cuales se entregaron con lamentable infantilidad exaltados elementos izquierdistas, siguiendo el ejemplo de sus antepasados. Porque en **España todo motín popular se ha traducido siempre en deteriorar iglesias y quemar las casillas del impuesto de consumos**. Achacar tan estúpidos excesos nada menos que a exotismos orientales, es desconocer la historia motinesca de nuestro país, donde constantemente se

culpó de todos los males a frailes... y a consumidores.

El masoquismo de los militares españoles sublevados está encubierto por una capa pseudo-agresiva o sádica. España estuvo a punto de perder su soberanía política y económica por la hipoteca que del patrimonio nacional hicieron éstos a Italia y Alemania. En **Carta a don Agustín Mora. El húngaro, el oso y la mosca**, Prieto hizo una comparación:

Eso de un lado. Respecto al otro, recuerdo cierto cuento que viene al caso. Erase un húngaro andariego que se ganaba la vida haciendo bailar al son del pandero en calles y plazas a un oso viejo y greñudo. El oso llegó a tomar cariño a su amo. Cierta día, el húngaro, fatigado por larga caminata, tumbóse a dormir a la sombra de un castaño. Una mosca, posándose sobre su frente, le desvelaba. El húngaro, entre sueños, la espantaba con la mano. Pero la mosca, pertinaz, volvía tras breve vuelo, a posarse en el mismo sitio. El oso decidió asegurar el descanso de su amo querido, matando a la mosca, y para ello tomó entre sus manazas una gruesa piedra y la descargó con fuerza sobre la mosca cuando ésta, de nuevo, cosquilleaba en la frente del húngaro. El oso mató a la mosca, pero mató también al amo. Los militares y los elementos civiles que secundaron la rebelión han procedido como el oso del cuento, pues **han herido de muerte a España, ocasionando su ruina y poniendo en peligro su independencia**.

En **Palabras de Alfonso XIII**: “¡Este es mi Mussolini!” (14 de julio de 1943), de su libro **De mi vida** (1970), comparó Prieto el golpe militar de Miguel Primo de Rivera con la monstruosidad de 1936:

El dictador llegó sin obstáculos hasta las gradas del trono, y de allí, tras recoger sonrisas en lugar de reproches, salió con sus colegas del Directorio a decir tonterías y a realizar botaratadas. Ello pudo ocurrir así—deseo destacarlo—porque el pueblo no estaba compenetrado con las organizaciones gubernativas que los generales patearon. **No podía suceder lo mismo con la República amada del pueblo.** En julio de 1936, horas después de la nueva insurrección, hablando a España desde un micrófono instalado en el Ministerio de la Guerra, advertí a los militares que se equivocaban si creían en la repetición del fenómeno de 1923, porque esta vez el pueblo defendería el régimen con uñas y dientes. «Si llegáis a vencer —anuncié— gobernaréis sobre montones de ruinas». ¡Fácil profecía ampliamente cumplida!

En **Generaciones españolas. La del 98 y la del 36** (28 de enero de 1959), del tomo III de **Convulsiones de España**, el ex diputado por Vizcaya se percató que el masoquismo en España se goza a nivel nacional:

A principios de mayo de 1898, la tradicional corrida de toros que se celebraba en Bilbao tuvo como intermedio una divertida ocurrencia: varios espectadores arrojaron al ruedo un cochinillo sobre cuyo lomo iba clavada la bandera norteamericana y de cuyo rabo pendía, encendida, larga mecha de cohetes tronadores. El público, que había reído lo del chamuscado cerdo emblemático, supo con estupor, al abandonar sus localidades, que la flota del almirante Montojo la había convertido en montones de chatarra en Cavite el almirante Dewey, quien se permitió el lujo de suspender la batalla —¿batalla?— para que las dotaciones de sus barcos almorzaran tranquilamente.

Luego vino lo de Santiago de Cuba —otro ejercicio de tiro al blanco— y más tarde, para ignominioso remate, el

Tratado de París. El plenipotenciario español Eugenio Montero Ríos dijo, aludiendo al viejo cuento de su tierra gallega: «Entre todos matamos a Meco». Y lo dijo con razón. ¿Quién podía echar nada en cara a nadie? Aquello fue un caso de **estupidez nacional, encubierto por intelectuales bien documentados para preverlo y cometido por la Corona, el Parlamento y el pueblo.**

Recordemos las palabras que sobre la guerra de Cuba dijo el excepcional analítico aragonés Santiago Ramón y Cajal (1852-1934), tomadas del libro **La psicología de los artistas** (1954), en las que se advertirá su objetividad ante el masoquismo de las clases dirigentes de entonces:

En las discusiones motivadas por los desastres de la guerra funesta e imposible sostenida por España con los Estados Unidos, se han involucrado tres cuestiones totalmente diversas: la lucha separatista, la intervención de la República americana, y la **impericia política y administrativa de nuestras clases directoras**, a las cuales atribuyen muchos nuestra decadencia.

CINCuenta MIL HOMBRES EN LUGAR DE DOScientos MIL

No hemos aprendido nada en las enseñanzas de las pasadas guerras. No hemos sabido evitar el choque con la gran República americana. Nuestros políticos, en vez de alejar todo lo posible dicha intervención, reduciendo la guerra a una de esas dolencias nacionales que se repiten cada veinte años y que duran invariablemente de siete a diez —prueba de que hay algo permanente que causa la cronicidad de nuestras contiendas civiles— hiciéronla inevitable con sus terribles desaciertos.

Primer error: Enviar a Cuba, en vez de cincuenta mil hombres bien equipados y alimentados, doscientos mil soldados, en su mayor parte bisoños, y cuyo sostenimiento en un país donde la vida es carísima, debía agotar rápidamente los recursos económicos de la nación. ¡Y todo para perseguir veinte mil insurrectos a lo más! Cuando el enemigo no desea combatir y vive además refugiado en un territorio sin carreteras, ferrocarriles, ni población, emboscado en una manigua impenetrable, tan inútiles son para los efectos de la victoria inmediata cincuenta mil como doscientos mil soldados.

La guerra no termina en tales condiciones por las armas, sino por la política. Además, todos los que hemos estado en Cuba sabemos que el clima mortífero de las Antillas, en triste complicidad con nuestra pésima administración, es decir, con el hambre, los atrasos en las pagas, el desbarajuste en la distribución y movimiento de las columnas —cosas todas absolutamente inevitables en los ejércitos de Cuba o Filipinas— habrían de reducir aquel contingente al año a cien mil soldados y a los dos años a cincuenta mil, poblando los hospitales y hasta los pueblos y aldeas de tísicos, palúdicos y anémicos.

MARTINEZ CAMPOS Y WEYLER

Finalmente, esta enorme desproporción de fuerzas entre la insurrección y nuestro ejército tenía todavía dos graves inconvenientes: **dar a la guerra cubana una importancia enorme, haciendo suponer a los americanos que el país en masa se había alzado contra España,** cosa peligrosísima en presencia de la codicia norteamericana, y colocar a España en el amarguísimo trance de entregar rendidos por el hambre, casi sin lucha, a ciento cincuenta mil hombres, una vez entablada la pelea con los Estados Unidos y en el

caso harto probable de que nuestra escuadra fuese destruida por la yanquee.

Segundo error: La destitución de Martínez Campos y su reemplazo por Weyler. El primero, cualesquiera que fuesen sus éxitos guerreros, representaba en Cuba el espíritu noble y generoso de España, siempre dispuesto a una transacción honrosa en obsequio a la paz. Fue lástima grande que Cánovas no le autorizara para establecer la autonomía. Sus prendas personales, tan simpáticas a los cubanos como a los Estados Unidos, su horror a la inútil efusión de sangre, su repugnancia a una guerra de exterminio que no resuelve nada puesto que disminuye por igual las vidas de ambos ejércitos, permitíanle por una parte contener la codicia yanquee, evitando pretextos de intervención, y por otra dábanle facilidades para calmar en Cuba el odio a España y las malas pasiones de los insurrectos.

Tercer error: Nombramiento del general Weyler, por imposición de una parte de la prensa que ansiaba éxitos ruidosos, aun comprados a costa de raudales de sangre cubana. Esta fue enorme falta política, pues con razón o sin ella, Weyler tenía triste fama de cruel y debía ser recibido con profunda antipatía por la insurrección y con hostilidad manifiesta por la República americana. Esta buscaba un pretexto para intervenir y el pretexto no podía ser otro que evitar el inútil derramamiento de sangre, alardeando de esos deberes de humanidad en cuyo nombre se ha consumado muchas veces la expoliación de los pueblos débiles.

FISICAMENTE ERA IMPOSIBLE TRIUNFAR

Cuarto error: Sabiendo el Gobierno que la guerra se aproximaba, ¿cómo no propuso el abandono de la isla de

Cuba? El Gobierno debía de saber que nuestro ejército estaba enfermo, agotado por una lucha estéril y por toda clase de privaciones, incapaz de luchar con un ejército robusto, bien alimentado y recién llegado de su patria. Debía saber también que nuestros barcos no eran suficientes para forzar el bloqueo de la isla y que **nuestra ruina era inevitable**. Y, sin embargo nuestro Gobierno, temeroso, sin duda, de un mitin en las calles, no se atrevió a hablar al país del abandono de Cuba.

La mayoría del país, todo lo que en él había de sensato, no quiso nunca la guerra con los Estados Unidos. A ella fuimos arrastrados por los indoctos y por los delirantes. **¿Es que se le podía ocultar a alguien que pensase un poco, en presencia de los datos de la realidad, que era físicamente imposible que triunfásemos?** Y el valor es una condición de la salud y tiene por compañera la esperanza. Y el soldado estaba enfermo, hambriento, fatigado, ansioso solamente de descanso. No tenía esperanza, no podía tenerla porque había sido enviado a combatir por tiempo indefinido, sin saber cuándo concluiría la guerra, y su único anhelo era acabar pronto y de cualquier manera.

El valor y el honor son cosas muy relativas, y que en general no deben pedirse sino a la robustez, a la seguridad de que detrás del soldado hay una patria próspera, fuerte, rica, que vela por él.

Remedios hay contra todos esos males, sobre todo buscándolos en las **cualidades y virtudes enteramente contrarias a las que gratuitamente se han supuesto, salvadoras de nuestra raza**.

Si todos somos masoquistas, cabe la pregunta. ¿Quiénes son las personas idóneas para gobernar un país? Puesto que aquellos que han dado en denominarse intelectuales sin tener el más mínimo espíritu socrático, de llegar al poder, darían rienda suelta a sus

delirios infantiles de grandeza y tratarían de poner en la práctica las más absurdas quimeras de su lírica imaginación. No en vano Sócrates repudió a los poetas para la administración de su República:

Digamos, pues, de todos los poetas, empezando por Homero, que, ya traten en sus versos de la virtud, ya de cualquiera otra materia, no son sino imitadores de fantasmas, que jamás llegan a la realidad. (...) Así, mi querido Glaucón, cuando oigo decir a los admiradores de Homero que este poeta ha formado a Grecia, que leyéndolo se aprende a gobernar y dirigir bien los negocios humanos, y que no puede hacerse cosa mejor que regirse por sus preceptos, habrá que tener toda clase de miramientos. (...) Mas desde el momento en que des cabida a la musa voluptuosa, sea épica, sea lírica, el placer y el dolor reinarán en nuestro Estado en lugar de las leyes. (...) Puesto que por segunda vez se ha presentado ocasión de hablar de la poesía, he aquí lo que yo tenía que decir para justificarnos de haberla desterrado de nuestro Estado. (...) Y tendremos cuidado de no volver a caer en la pasión que por ella hemos sentido de jóvenes y de la cual no está curada la mayor parte de los hombres.

La gobernación de los países es menester que la ejerzan personas con un don de gentes fraguado durante muchas décadas de trato cotidiano con todos los sectores del pueblo; personas que hayan cometido ya muchos errores en la vida y que se hayan inmunizado psicológicamente de sus compulsiones paranoides. En su artículo **Oyendo a Winston Churchill** (26 de agosto de 1941), de su libro **Palabras al viento**, Prieto arremetió contra los líricos que se hacen pasar por intelectuales, a los que él mismo confundió:

Sobre los intelectuales —exclusivamente intelectuales— prefiero en el Gobierno a los hombres de acción. Acaso tenga origen envidioso mi antiguo desdén por la intelectualidad, desdén que, desbordándome, no pretendo disimular. A cierta edad y en ciertos trances, maldito si merece la pena el disimulo. Hace años, en homenaje rendido por compañeros de profesión al modesto y meritísimo periodista madrileño Martínez Sol, dije —y el dicho fue muy comentado en razón a amistades mías— que **al tocar con la mano a intelectuales preeminentes se me habían pulverizado entre los dedos**, por lo cual nos hubiera valido más —a ellos para mantener su fama y a mí para guardarles devoción— no habernos conocido tan de cerca.

Con los intelectuales a secas suele ocurrir lo que con las ingenuas de teatro; por fuera seducen y por dentro resultan insoportables. En cualquiera comedianta melindrosa descubriréis —la regla es general— una mujer zafia, déspota e incluso cruel. **Y en cualquier intelectual—salvo excepciones que Dios no ha querido ofrecerme en abundancia— hallaréis un fatuo.**

Roberto Castrovido, el escritor inmaculado al que la tierra mexicana sirve de sudario, hizo muy sutil distinción con respecto a dos hermanos, uno de los cuales gozaba, y goza, de mucha nombradía. Al pronunciar el apellido de ellos, alguien le preguntó: «—¿De quién habla usted, don Roberto, del intelectual? —No hablo del intelectual —respondió Castrovido— sino del inteligente», refiriéndose así al menos renombrado.

La vanidad, aun constituyendo el estímulo menos abominable de la ambición, puede ser demasiado perniciosa en el Gobierno, porque supone afeminamiento, y **gobernar exige masculinidad**. Gobernar a conciencia equivale a ponerlo todo en riesgo: libertad, vida, fama..., y el intelectual —el intelectual **no endurecido por la vida**, salvedad

que debí anotar al comienzo de estas divagaciones— se siente, cuando menos, muy avaro de su fama. Herirle en ella es como desgarrarle el vestido a una cupletista.

Pero, además, los intelectuales padecen deformaciones de tipo profesional que les impiden contemplar panorámicamente la vida si ésta les fue muelle y cómoda. **Aplicar a la gobernación una cultura solamente libresca, es hacer oposiciones a la catástrofe.** En orden a conocimientos **será mejor gobernante el que conozca más a fondo a los hombres.** De ahí la superioridad del hombre de acción que luchó con ellos, que se adentró en sus pasiones, que olfateó sus vicios y que, además, recibió buen número de coscorrones; en suma, el hombre de talento —el necio queda rigurosamente excluido por altas que sean sus virtudes— que llega al Gobierno bastante magullado por la vida.

En **Los intelectuales en la gobernación** (1 De septiembre de 1941), redundó Prieto sobre el asunto:

Lo que se gobierna son pueblos y los pueblos son conjuntos de hombres, no de cosas. Consiguientemente —vuelvo a mi afirmación— **gobernará mejor el que mejor conozca a los hombres.** ¡Ah!, pero si se topa con quien, además de conocer a los hombres, tenga dominio intelectual sobre las cosas, miel sobre hojuelas. Ahora bien, lo que **sí rechazo absoluta, categórica, rotundamente, es que el intelectual reúna condiciones superiores para gobernar.** Por lo contrario, si no se suman en él las otras aptitudes esenciales ya señaladas, sus condiciones serán inferiores a las del hombre de acción.

Y como los textos cantan, Prieto nos ofreció uno del rey de los líricos, en el mismo artículo:

La figura más relevante de ellos es don **Miguel de Unamuno**, cuyo nombre ha citado, en oposición a mi tesis, uno de los contradictores que me ha salido al paso. He sentido por don Miguel extraordinario cariño. Cuando, de regreso de Fuerteventura, quedó expatriado en Francia, fui muchas veces a Hendaya a acompañarle y, paseando con él por la playa de Ondarraiz, me cautivó su charla maravillosa. Pero mi amistad entrañable hacia don Miguel —de la cuya conservo testimonios escritos— no me prohíbe afirmar que su inquietud espiritual y su vanidad —aquella encantadora **vanidad infantil** por la cual resultaba más sugestivo— hacían de él un hombre inadecuado para gobernar. Quizá fuera ésta su más grande y secreta ambición y quizá por no verla cumplida cargó su carcaj de flechas envenenadas contra la República.

Unamuno, afiliado a la Agrupación Socialista de Bilbao, defendió, en el seminario obrero **La lucha de Clases**, el colectivismo, para luego denostarlo. Arremetió contra la Iglesia católica y, más tarde, dominado temporalmente por los sentimientos y las ideas que la Iglesia representa, encabezó sus cartas con el signo de la cruz. Ensalzó a Alfonso XIII y después escribió, no sólo contra él, sino contra su madre, la reina María Cristina, los mayores improperios. De esta última transición, la más brusca entre cuantas marcaron la vida ciudadana de Unamuno, conozco la causa. Cierta día el rey, llegado a Guernica para presidir la inauguración de un Congreso vasco, al ver a don Miguel en una calle de la histórica villa foral —derruida en 1937 por la aviación alemana— detuvo el automóvil y púsose a conversar con el ilustre profesor, que veraneaba allí. «—Venga usted por Palacio —le dijo afablemente el monarca— si, cuando regrese a Salamanca, llega usted hasta Madrid». Don Miguel, terminadas las vacaciones universitarias, fue a Madrid y pidió audiencia en la Mayordomía mayor. La

interposición del marqués de Viana, cuyas intemperancias costaron a don Alfonso disgustos sin cuento, imposibilitó la audiencia regia. Y desde entonces, Unamuno, que antes tenía a gran honor la amistad real, descargó su ira contra toda la dinastía reinante, convirtiéndose en republicano. Un encogimiento de hombros o una sonrisa desdeñosa hubieran bastado para aquella descortesía de escaleras abajo, que, hiriendo el orgullo de Unamuno, desató la furia de éste.

Hombre de tales veleidades y propenso a semejantes reacciones, ¿puede ser gobernante? Podrá ser magnífico catedrático, gran erudito, escritor originalísimo, filósofo profundo y alma ultrasensible —como era la de don Miguel— atormentada por dudas infinitas; pero gobernante, jamás.

Canalejas, el mejor estadista español a contar desde antes de la muerte de Alfonso XII, el más culto y el más inteligente sin pose de intelectual, **quiso atraer intelectuales a la política**, reservándoles senadurías vitalicias. Y la segunda República —¡ingenua República de mis amores!— abrió huecos en las candidaturas de los partidos populares para cubrirlos en las Cortes Constituyentes con figuras más o menos auténticas de la intelectualidad. ¡Cómo se lo pagaron! Varios aprovecharon su predicamento para organizar Falange. Otros, llegada la hora, sumáronse a la insurrección franquista, y otros no vacilaron en llenar de injurias al régimen que les había favorecido sin tasa. Injerto tan desastroso fue obra de ministros intelectuales, admiradores de la intelectualidad... y desconocedores de los hombres.

¿Hasta cuándo comprenderá la humanidad que el hombre genial es histérico, neurótico y por lo tanto suicida?, y que este tipo de personas inconscientemente llevaron a la República a la ruina. Cuando un suicida está determinado a morir no escucha razonamientos de nadie. Un histérico oral por excelencia es el

homosexual y se cree que Manuel Azaña lo era.

La tragedia de Indalecio Prieto fue inmensa porque fue un hombre más o menos cuerdo rodeado de puros locos, y que a manera de Sancho Panza inútilmente advertía a don Quijote de los peligros que se suscitarían por las estupideces que iba a cometer. El masoquismo-quijotismo de los españoles estuvo a punto de perder a España en esta última refriega. En **Los orígenes de la sublevación franquista** (7 de abril de 1949) del tomo I de **Convulsiones de España**, afirmó Prieto:

La propaganda franquista presentó la sublevación de 1936 como movimiento espontáneo, como estallido popular provocado por el asesinato de don José Calvo Sotelo. Nada más falso. Si la sublevación hubiera tenido tal espontaneidad y tal causa, ¿cómo pude yo haber estado anunciándola reiteradamente desde meses antes? **Primero, avisé confidencialmente al jefe del Gobierno, que no creía en ella. Notaba yo el enojo que le producían mis advertencias, pero me sentía obligado a soportarlo.** Sólo les puse término una tarde, cuando, en el despacho de ministros del Congreso el presidente del Consejo, no pudiendo contener su enfado, me dijo con desabrimiento: «Deje de fastidiarme. Lo que usted se imagina es producto de la menopausia». No volví a visitarle hasta el 17 de julio, iniciada ya en Marruecos la subversión, que fui a verle al ministerio de la Guerra para ponerme a su disposición. Entre muchos socialistas mis anuncios, atribuidos a habilidad política en pro de una conjunción indispensable, tuvieron eco de befa. Eran “cuentos de miedo”, que yo inventaba. Con el más significado de aquellos incrédulos, de quien hondas diferencias me separaban, procedí de igual manera que con el jefe del Gobierno: al requerirme para colaborar con él en una solución tardía, me puse a su disposición.

Ya el 1 de mayo de 1936, en su discurso de Cuenca, vislumbró Prieto, quién iba a ser el jefe eventual del alzamiento:

Merece la pena, luego de haber remarcado el sentido de menosprecio que los elementos directores de los partidos derechistas acusan con la inclusión en sus candidaturas de los nombres del general Franco y del señor Primo de Rivera, consagrar unos minutos de atención a tan curioso fenómeno político. Ha desaparecido de la candidatura de Cuenca el nombre del general Franco. Yo me felicito sinceramente de tal desaparición. He leído en la prensa manifestaciones de este general, según las cuales su nombre se incluyó en la candidatura por Cuenca contra su voluntad, sin su autorización. No tengo por qué poner en duda la sinceridad de estas manifestaciones, aunque he de decir también, no pudiendo recatar la sinceridad mía, que hubiese preferido que esa rectificación del general Franco se hubiera producido con anterioridad al justo acuerdo de la Junta Provincial del Censo, que le eliminó de la candidatura. No he de decir ni media palabra en menoscabo de la figura del ilustre militar. Le he conocido de cerca, cuando era comandante. Le he visto pelear en Africa; y para mí, el general Franco, que entonces peleaba en la legión a las órdenes del hoy también general Millán Astray, llega a la fórmula suprema del valor, es hombre sereno en la lucha. Tengo que rendir este homenaje a la verdad. Ahora bien, no podemos negar, cualquiera que sea nuestra representación política y nuestra proximidad al Gobierno —y no lo podemos negar porque al negarlo, sobre incurrir en falsedad, concluiríamos por patentizar que no nos manifestábamos honradamente— **que entre los elementos militares, en proporción y vastedad considerables, existen fermentos de subversión, deseos de alzarse contra el régimen republicano**, no tanto seguramente por lo que el Frente Popular supone en su presente realidad,

sino por lo que, predominando en la política de la nación, representa como esperanza para un futuro próximo. El general Franco, por su juventud, por sus dotes, por la red de sus amistades en el ejército, es hombre que, en momento dado, puede acaudillar con el máximo de probabilidades –todas las que se derivan de su prestigio personal– un movimiento de este género.

No me atrevo a atribuir al general Franco propósitos de tal naturaleza. Acepto íntegra su declaración de apartamiento de la política. ¡Ah!, pero lo que yo no puedo negar es que **los elementos que, con autorización o sin autorización suya, pretendieron incluirle en la candidatura de Cuenca, buscaban su exaltación política con objeto de que, investido de la inmunidad parlamentaria, pudiera, interpretando así los designios de sus patrocinadores, ser el caudillo de una subversión militar.**

En **Progreso Vergara. Una carta sin destinatario** (13 de abril de 1951), del tomo II de **Convulsiones de España**, recuerda Prieto:

Hace cuatro lustros, Vergara ingresó como taquígrafo en la redacción de **El liberal**, de Bilbao. El y su cuñado, Luis de la Plaza, también excelente estenógrafo, copiaron en 1936 las crónicas que por teléfono les dictaba yo desde Madrid, anunciando la sublevación contra el régimen republicano. Opté por aquel sistema público de anunciarla, para prevenir al pueblo, **después de haber tropezado con la incredulidad del Gobierno**, que llegó a considerar molestísimas impertinencias mis avisos confidenciales. Y en **El Liberal** trabajó Vergara hasta el día que entraron en Bilbao, convoyados por tropas italianas, los requetés y falangistas, que amigablemente se repartieron las máquinas del periódico.

En 18 de julio de 1936. Al cabo de veinte años, Prieto relata el estado de obcecación del primer ministro cuando estalló la insurrección:

Fui al palacio de Buenavista para examinar la situación con **Santiago Casares Quiroga**, jefe del Gobierno y ministro de la Guerra. Yo le profesaba gran cariño, pero, para no enojarle ni enojarme, procuré no sostener conversaciones con él desde que me echó con cajas destempladas **al decir que mis temores sobre un sublevamiento eran producto de la menopausia**. Casares no estaba en el Ministerio. Desde su domicilio había ido directamente a despachar con el presidente de la República, Manuel Azaña.

En Buenavista aún se ignoraba lo ocurrido en Melilla, a juzgar por la tranquilidad de los semblantes y la banalidad de las conversaciones, en cuya observación y escucha puse singular cuidado mientras aguardaba al ministro.

Cuando éste llegó, me encerré a solas con él. Era yo poseedor de la noticia que Pozas le había transmitido por teléfono a Palacio. Le relaté cómo la había conocido yo. **Invocando nuestra amistad, me rogó que no la revelase a nadie, pues procedía mantenerla en secreto para ahogar el movimiento en Melilla, sin que se propagara a la Península.**

Mi estupefacción ante semejante ruego no tuvo límites, y se la razoné a Casares. **¿Creía acaso que se trataba de un alzamiento aislado, sin conexiones?** Eso resultaba inconcebible. A lo sumo, cabría admitir que Melilla, cual suele suceder en ese género de movimientos siempre difíciles de sincronizar, se hubiera adelantado, pero teniendo en cuenta el tiempo transcurrido y presumiendo la existencia de claves entre los comprometidos, debía creerse que a aquella hora todos estaban ya avisados para secundar la subversión. **A mi entender, y sin perjuicio de medidas**

secretas que con urgencia adoptara el gobierno, debía prevenirse al país entero, a fin de que, sobre todo en grandes urbes, las masas populares pudieran hacer frente a elementos militares que se sublevaran.

A postrimerías de la contienda hizo Prieto un desesperado intento por resolver el conflicto a favor de la República. Veamos **Intrigas de los rusos en España. Informe ante el Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español** (9 de agosto de 1938):

Se constituye el Gobierno presidido por el camarada Negrín, y en el primer Consejo de ministros que se celebra, la noche misma de su constitución, el Gobierno en pleno a propuesta de su presidente, acuerda que yo, ministro de Defensa Nacional, me dirija al pueblo español por radio. Callé, porque había, de momento, otros problemas más interesantes a examinar. Pero dos días después, en otro Consejo, se me instó de nueva a dirigirme por radio en nombre del gobierno al pueblo español, y entonces dije ante Negrín y ante todos los ministros, que eso no lo podía hacer porque, **necesitándose para ello fe en la victoria y no teniéndola yo, cualquiera podía dirigir la palabra al pueblo español en mejores condiciones**, pues por mucho esfuerzo que yo pusiese en disimular mi pensamiento, acaso se transparentara éste ante mis oyentes, con lo cual iba a prestar muy flaco servicio al Gobierno. El primer testimonio de mi pesimismo quedó, pues, consignado en el primer Consejo de Ministros presidido por Negrín.

Surge poco después otro hecho, que el compañero Negrín recordará. Fue cuando la agresión de la escuadra alemana al puerto de Almería. Por mi iniciativa, ese día se reunió el Consejo de Ministros, y Negrín tuvo la deferencia de que la reunión se verificara en mi propio despacho del

Ministerio de Defensa Nacional. **En aquel Consejo yo propuse buscar a la flota alemana, autora de la agresión,** en el puerto donde estuviera refugiada, fuese Palma, Pollensa, Ceuta, Cádiz o Málaga, donde se hubiere metido, y con la masa de aviones de bombardeo, que entonces teníamos en número considerable, **realizar como represalia una agresión contra dicha escuadra, aunque ello provocara la guerra y, por consiguiente, la conflagración europea.** Mis compañeros de Gobierno y el jefe del Estado —pues seguidamente nos reunimos bajo la presidencia de éste— estimaron que mi idea era un desatino, y la proposición fue desechada.

No creo que haya lugar a dudas de que entre Madariaga y Prieto, existen coincidencias en la manera de ver las causas que originaron el conflicto español. ¿Cuándo disminuirémos los hispanos nuestra adaptación inconsciente a la indefensión y a la muerte que provoca en nosotros un ridículo sentimiento de la honra y una intolerancia provocativa hacia los demás? En una carta que Américo Castro me envió el 8 de mayo de 1972, me refiere un pequeño roce que tuvo con Madariaga que nos ilustra sobre nuestro carácter.

¿Cómo sería pensable, ni **decente**, que vinieran ustedes a Madrid, por culpa mía, y que yo no les atendiera en la forma que merecen? ¿Ni cómo iba a ser posible que no hubiera algún contacto entre el acto de entregarme esa honrosa medalla, y los organismos de lo aquí llamado **Hispanidad**? Para evitar esa posibilidad se me ocurrió ir yo en persona a la ciudad de México. Quizá usted ignora que yo resido aquí como un extranjero; no estoy contra nada, ni contra nadie, pero me había prometido no regresar a este país, para mí entrañable y cuya realidad auténtica estoy tratando de desvelar con objeto de hallar una razón a las proclividades

fratricidas de los españoles. Las raíces psicopáticas de tan atroz dolencia nunca habían sido investigadas. Por otra parte, los libros míos que, en mi opinión, merecen el nombre de tales, fueron concebidos y redactados en un medio cultural sin análogo en España. La angustia de la guerra civil (una infame y absurda carnicería) fue mi incitante; los materiales para realizar mi proyecto constructivo fueron la estupenda biblioteca europeo-oriental de Princeton, y un grupo de estudiantes que yo me seleccioné. Gracias a eso comienza a esbozarse la figura de la auténtica España, tan enojosa para tantos. No es fácil desprenderse de rutinas mentales sin sentido, labradas y acuñadas durante siglos. Incluso Madariaga cree que Viriato era “español”, y se permitió cierto chiste en **ABC**, contra mí, inconcebible en una persona que tiene a la mano libros míos, hoy en español, alemán, inglés, francés e italiano. Mandé una nota a Madariaga para informarle de que no lo hacía puré en el diario en que se había permitido burlarse insolentemente de una verdad inatacable, a fin de no desmoralizar aún más a la juventud española con el repugnante espectáculo de dos ancianos que se parten la cara en público; envié, eso sí, copia de mi nota al director de **ABC** y a otras personas. Luca de Tena quería que yo publicara lo que quisiese, y me negué a ello. Madariaga me envió una carta (con «Excmo. Señor» y todo), a la cual no respondí. —Ya sé que mi obra rompe con los patrones vigentes, pero a la vez se abre camino, y ya da lugar a artículos contra los adversarios de la verdad (el que le incluyo de la **Hispanic Review** es excelente, y la obra que prepara Guillermo Araya, para Gredos (Madrid), pone las cosas en su punto).

¿Es necesario iniciar una matanza de gente para que el hombre lírico empiece a analizar las cosas cuando ya no tienen remedio?
¿Es necesario que el país esté en ruinas para que el hombre

hispanico recapacite sobre sus errores? ¿Acaso existen los estadistas en el orbe hispanico? Miguel de Unamuno, el rey de los líricos, recapacitó sobre la enfermedad que España sufre, la que ya había diagnosticado Ortega y Gasset. Poco antes de morir en 1936, escribió el rector de Salamanca unas palabras que lo denuncian como un alumno de Ortega y un ignorante de la política. Este documento se encuentra en el libro **Cruelle Espagne** de los hermanos Tharaud, consignado por Prieto en **Unamuno y los gitanos** (19 de febrero de 1958), en el tomo III de **Convulsiones de España**:

El gobierno de Madrid me destituyó de mi cargo de rector; pero el Gobierno de Burgos me restableció en mi función con grandes elogios. Yo estaba entonces verdaderamente aterrado por el carácter que tomaba esta espantosa guerra civil, debida a una **enfermedad mental colectiva, a una epidemia de locura, con un substrato patológico.**

Desde el punto de vista religioso, esta guerra civil es debida a una profunda desesperación, característica del alma española, que no llega a descubrir su fe, y también a cierto odio a la inteligencia, que se acompaña también del culto de la violencia por la violencia.

El salvajismo inaudito de las hordas marxistas rebasa toda descripción y los que dan el tono no son los socialistas, ni los comunistas, ni los sindicalistas, ni los anarquistas, sino bandas de malhechores, de degenerados, de evadidos de cárceles, de criminales natos sin ninguna ideología. Pero la reacción natural contra todo esto toma a menudo, desgraciadamente, un carácter opresivo. **España está asustada de sí misma. Y si no se para a tiempo, llegará al borde del suicidio moral.**

Si el miserable Gobierno de Madrid no ha podido ni querido resistir a la presión de la barbarie marxista, hemos de guardar la esperanza de que el Gobierno de Burgos

tendrá la valentía de oponerse a los que quisieran establecer otro régimen de terror.

Lo grande de Prieto fue que después de haber sufrido los remordimientos de la derrota, su conciencia, irónicamente le permitió mirar en su masoquismo y el de su pueblo, revelación que no ha experimentado ninguno de los protagonistas ni historiadores de la guerra civil. En **Los españoles en México**, discurso pronunciado en la estación radiodifusora del Partido de la Revolución Mexicana, el 16 de septiembre de 1940, consignado en su libro **Discursos en América**, reconoció:

Las guerras civiles habrán de servir como ha sido la guerra española, imputable a una generación estúpida, a la que yo pertenezco: la generación que vio morir el siglo XIX y vio alborear el siglo XX; esta generación española que no supo crear absolutamente nada, que asistió imperturbable y entontecida a la extinción del Imperio colonial hispano; esta generación que, luego, cegada por pasiones políticas, promovió entre sí una guerra en que los triunfadores están ya arrepentidos de su triste victoria, porque la victoria tiene por fondo la ruina de España. Una guerra civil, oídlo bien, debilita las fuerzas de un país hasta convertirlo en fácil presa para el extranjero que ansíe dominarlo. Así, España, a la hora presente, no sólo está arruinada, con dolor de todos sus hijos, incluso, seguramente, de los vencedores, sino que, además, está encadenada, falta de libertad, lo cual, en cierto momento, puede poner en peligro su independencia. «¡No hay para las personas prenda como la vista!», suelen exclamar, gimiendo, los que, al perderla, han podido medir toda su valía. Pues bien, para los pueblos, no hay prenda como la paz. Os los dice quien fue testigo y actor en reciente guerra. No hay prenda para los pueblos como la paz, repito. Quienes

perturben la de su país porque la pasión política, cegándoles, no les deje ver el interés sagrado de su patria, esos cometerán contra ella el mayor de los crímenes.

¿Qué resultado positivo podemos inducir de todo este cúmulo de errores cometidos por personas psicológicamente determinadas para el rechazo, la ruína y la muerte?

El futuro de España depende de la ideología que vayan a adoptar los líderes socialistas y no hay más que dos caminos: el socialismo libertario —preconizado por Prieto— y el socialismo marxista de Largo Caballero. Existe una diferencia tan grande entre los dos, como entre las libertades y los intervencionismos. El peligro, pues, no existe en que las siglas PSOE signifiquen lo que suponen, sino que signifiquen **Partido de Suicidas Obcecados Españoles**.

Ángel Ganivet (1862-1898), en *Idearium español*. C., refiriéndose, entre otros, a Emilio Castelar dijo:

Casi todos los hombres notables que hasta hace veinte años se dedicaban a echar **abajo lo poco que quedaba de nuestra nación**, han confesado sus yerros y dedicado la segunda parte de su vida a rehacer lo que habían deshecho en la primera. Esta conducta, muy digna de alabanza, debería decir algo a la **gente nueva** que ahora comienza a abrirse camino y a la juventud imberbe que anda por institutos y universidades.

Abundan los que se pasan de listos, los que imitan esa conducta con excesiva puntualidad; los que **comienzan ahora los trabajos de demolición y se reservan para la vejez el arrepentimiento**, cuando después de satisfechos los apetitos de medro personal les sea más llevadero el dolor de ver que su país sigue en ruinas. Lo natural es que por todos sea imitada la parte buena del ejemplo y que no se

busque deliberadamente la ocasión de tener que arrepentirse más tarde.

Debo de advertirle a quien se otorgue el derecho de criticar a aquella generación, que reflexione en el sentido de que el hombre en general y el hispánico muy en especial está adaptado inconscientemente al rechazo y a la muerte, y que las criaturas del pueblo que éste eleva al poder sufren de la misma adaptación masoquista pero al cuadrado. Los que duden del determinismo suicida del **homo hispánicus** que graben en la dura piedra de su incredulidad estas palabras de Indalecio Prieto consignadas en su artículo **Cincuenta años de militante** (28 de abril de 1949) publicado en el tomo II de su libro **De mi vida**:

¡Cincuenta años de militante socialista, cincuenta años de testigo directo o actor destacado en la política de España, cincuenta años de partícipe en luchas tremendas, coronadas por la tragedia de nuestro colosal fratricidio! Olas encrespadísimas me llevaron a la deriva. **¡Pobres diablos los que, arrancados de playas tranquilas por fuertes resacas, creen ser ellos quienes dominan la marea!** No advierten que, aunque floten y se hagan muy visibles sobre el ras del agua, son simple juguete de fuerzas superiores. Las olas que les encumbran sobre el vulgo no las mueven ellos. Y a veces, esas mismas olas que los izan se encargan de hundirlos o estrellarlos.

INDICE ONOMASTICO

A

- Abad de Santillán, Diego: VIII, X
Abd-El-Krim [familia]: XI
Ansaldó, Juan Antonio [Coronel]: 12
Alcalá Zamora, Niceto: 17
Alfonso XII: 33
Alfonso XIII: VIII, X, XI, 22, 23, 32, 33
Aparicio Rodríguez, Sol: X
Araquistáin, Luis: 9, 10
Araya, Guillermo: 40
Arias, José Antonio: VIII
Arrarás, Joaquín: 12
Azcárate, Justino: 13, 14, 16
Azcárate, Pablo: 14
Azaña, Manuel: 4, 5, 6, 7, 11, 34, 37
Aznar, Agustín [Almirante]: IX, XI

B

- Berenguer, Dámaso [General]: VIII, IX, XI
Bilbao, Esteban: 16

C

- Calvo Sotelo, José: 34
Canalejas, José: 33
Cánovas del Castillo, Antonio: 27
Carlos-Suárez, Juan: 4
Carvajal [Marqués de]: 5, 6
Casado, Segismundo [Coronel]: XV, XVI
Casares Quiroga, Santiago: 7, 37
Castelar, Emilio: 43
Castro, Américo: 39
Castrovido, Roberto: 30
Chamberlain: XIV
Churchill: 20
Corujo: 15
Cowan, Denys: XVI

D

De la Peña: 16

De la Plaza, Luis: 36

De los Ríos, Fernando: 11

Dewey [Almirante]: 24

F

Fernández Cuesta, Raimundo: 13, 14, 15, 16

Fernández Silvestre, Manuel [General]: VIII, X

Fernández Almagro: X

Fons, Julita: X

Franco, Francisco: VIII, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, 7, 12, 14, 16, 22, 35, 36

G

Ganivet, Angel: 8, 43

Giral, José: 13, 14

Giner de los Ríos, Bernardo: 14

Glaucón: 29

Goded, Manuel [General]: 6, 7

Golfín: 15

Guarner, Vicente: XIV

H

Hidalgo de Cisneros, Ignacio: XV, XVI

Hitler: XII, XIII

Homero: 29

I

Iribarne: 12

K

Koltsov, Mikhail: XV

L

Larraz: 16

Largo Caballero, Francisco: 4, 8, 10, 11, 43

Luca de Tena, Torcuato: 40

M

Madariaga, Salvador de: 1, 2, 3, 4, 5, 39, 40

Maisky, Iván: XIV

María Cristina [reina]: 32

Martínez Campos, Arsenio: 26, 27

Martínez Sol: 30

Maura, Miguel: 17
 Menéndez, Leopoldo [General]: XV
 Millán Astray, José [General]: 35
 Mola, Emilio [General]: 7, 12, 19
 Montero Ríos, Eugenio: 25
 Montojo [Almirante]: 24
 Montseny, Federica: 11
 Moragas, Carmen: X
 Mussolini: XII, XIII, XIV, 23
N
 Negrín, Juan: XVI, 4, 7, 10, 13, 14, 38
O
 Ortega y Gasset, José: VII, XI, 41
P
 Pascua, Marcelino: 14
 Picasso, Juan: VIII, X
 Pozas, Sebastián [General]: 37
 Prieto, Indalecio: 1, 2, 4, 5, 7, 9, 10, 11, 12, 13, 16, 17, 19, 20, 22, 23, 29,
 31, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 41, 42, 43, 44
 Primo de Rivera, José Antonio: 13, 14
 Primo de Rivera, Miguel [General]: IX, XI, 23, 35
R
 Ramón y Cajal, Santiago: 25
 Riesgo, Juan Manuel: XIII
 Rocker, Rudolf: XII, XIII
 Rodosh [Habeck y Sevostianov], editores: XIV
 Ruiz-Fornells [Coronel]: XV
S
 Sánchez Mazas: 16
 Sanjurjo, José [General]: 11
 Serrano Súñer, Ramón: 16
 Sócrates: 29
 Stalin: XV
T
 Tharaud [hermanos]: 41
 Thomas, Hugh: XV

U

Unamuno, Miguel de: 32, 33, 41

V

Vergara: 36

Viana [marqués de]: 33

Viriato: 40

Voroshilov, Clement: XIV

W

Weyler, Valeriano: 26, 27

Z

Zugazagoitia, Julián: 7, 8, 9, 14

APENDICES



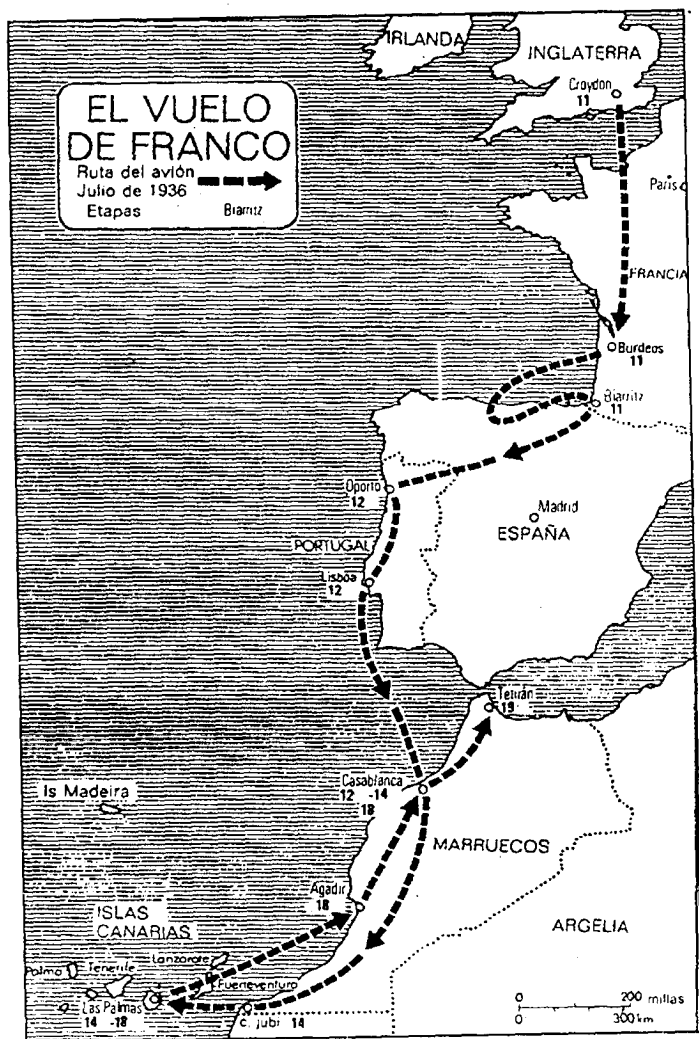
De Havilland DH-89 Dragon Rapide. Bimotor biplano de construcción clásica. Su envergadura era de 14,63 metros y su longitud de 10,52 metros. Equipado con dos motores De Havilland "Gipsy Six" de 200 v cada uno. Su peso en vacío de 1, 465 kilogramos, mientras que su peso máximo en orden de vuelo llegaba a los 2, 500 kilogramos. Podía transportar un piloto y siete pasajeros a una velocidad de crucero de 225 km/h, con una autonomía de 835 kilómetros. En España se adquirió el primero de ellos en 1934, incorporándose a la flota aérea comercial desde 1935.

Consumo de gasolina (80 octanos): 180 litros por hora.

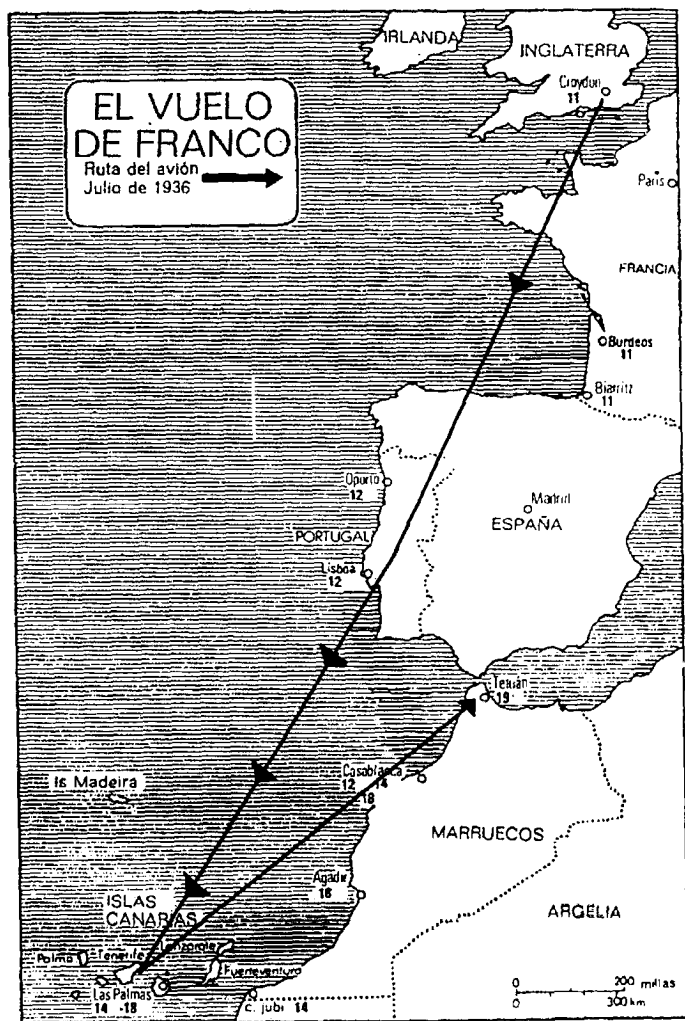
Tiempo de vuelo Croydon-Lisboa: 4 horas y 33 minutos.

Combustible usado Croydon-Lisboa: 800 litros aprox.

Suponiendo que se aumentó 60% su capacidad de combustible, el avión recorrió los tres trayectos, transportando al general Franco de Tenerife a Tetuán.



Ruta de vuelo "oficial" del capitán Bebb en julio de 1936.



Ruta de vuelo de que era capaz el **Dragon Rapide**.

ÍNDICE

Paradojas de la revolución española de 1936

Fredo Arias de la Canal	VII
Facsimilar de carta de Ramón Serrano Súñer	XVII
Madariaga y Prieto. Coincidencias	1
Índice onomástico	45
Apéndices	49

Esta segunda edición de 500 ejemplares de

LAS TORPEZAS

DE LA

REPUBLICA ESPAÑOLA

por

Fredo Arias de la Canal

se terminó de imprimir en

abril de 2006

a 75 años de la instauración

de la II República española.

La edición de la presente obra estuvo a cargo de
Daniel Gutiérrez Pedreiro

Captura de textos
Graciela Plata Saldívar

Revisión de textos
Silvia Patricia Plata

La supervisión de la producción estuvo a cargo de
Antonio Martínez Hernández

Para la formación de los textos se utilizó la tipografía
Times New Roman de 11 puntos en el programa Word Perfect 9.

Los interiores se imprimieron en tinta negra sobre papel bond,
la portada sobre cartulina sulfatada.